



IDAD AUTÓ

CIÓN GENE

PR3518

.A7318

1837

v.2

c.1

2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

86-3
M.
6#6 6#137

SENCILLA

HISTORIA.



9-2



SENCILLA

HISTORIA,

ESCRITA EN INGLÉS

por

MISTRIS INCHBALD,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

por

D. Francisco Xavier Macztu.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VERSALLIES. — IMPRIMERIA DE MARIN.

ACQUA... FONDO BIBLIOTECA... 1887. 54874



1080046742



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
SENCILLA

HISTORIA.

Capítulo Primero.

Al despedirse miss Woodley, le ro-
gó miss Milner con el mayor encare-
cimiento la llevase consigo, prome-
tiéndole no solamente velar con la

mayor atención sobre todos sus pasos, sino también contener hasta sus pensamientos en los límites que miss Woodley le prescribiese. Esta tuvo á bien decirle, que en el momento en que milord Elmwood hubiese partido para Italia, á donde él mismo había manifestado tendría precisión de ir muy pronto, no se opondría más al regreso de miss Milner. Y si, durante esta larga ausencia de su tutor de vm., añadió ella, consigue vm. vencer enteramente su amor, entonces me aventuraré á dejar á vm. habitar en el mismo sitio que él.

Dejó ella á miss Milner después de haberle dado esta seguridad, y como

se aproximaba el invierno, volvió á Londres á casa de su tía, de donde, sin embargo, se preparaba esta á salir para ir á cuidar de la de milord Elmwood, situada en Grosvenor-Square, que el último conde de este nombre había ocupado; su sobrina debía seguirla también allí.

Los multiplicados negocios que ocupaban entonces á milord Elmwood, eran la causa de que no apresurase á miss Milner á que dejase Bath y fuese á reunirsele; estaba además adherido á M. Sandford en calidad de capellán, y temía que, si su pupila y Sandford vivían bajo el mismo techo, su natural antipatía degeneraría en aversión.

Este temor habia llegado hasta el punto de pensar en rogar á Sandford que buscase otro alojamiento. Pero el placer que le proporcionaba la compañía de este amigo, unido al disgusto que preveía habia de causarle esta proposicion, fué causa de que no se la hiciese.

En cuanto á miss Milner, se ocupaba mucho mas de los objetos de su afecto que de los de su odio. No se presentó Sandford una sola vez á su imaginacion, mientras que la imagen de milord Elmwood no la abandonaba jamas. Una mañana que estaba con lady Luneham, hablando sobre diferentes objetos, pero sin pensar mas

que en uno solo, entró sir Harry Luneham con M. Fleetmond, amigo suyo. Se habló de la poca probabilidad que, hacia poco tiempo, habia de que el nuevo lord Elmwood debiese, en su edad, heredar el titulo y muchos bienes que constituian su patrimonio. Y añadió M. Fleetmond, prescindiendo de su fortuna, este cambio debe ser, en su posicion muy agradable á M. Doriforth.

— Nada de eso, respondió sir Harry, porque si bien se esceptua los bienes que adquiere de nuevo, este cambio debe ser para él un manantial de disgustos; debe al presente lamentarse de la locura que hizo en ordenarse.

Ahi lo tiene vm. privado de toda esperanza de dejar un heredero, y su titulo se extinguirá con él.

— No, no, replicó M. Fleetmond, bien puede tener un heredero; porque yo no dudo que él se casará.

— ¡Que se casará! exclamó el baronet.

— Si, respondió el otro, y yo aludía á su matrimonio, cuando he dicho que no sería el aumento de fortuna lo que hallaría mas agradable en su nueva posicion.

— ¿Cómo es posible que se case? dijo lady Luncham, ¿pues qué, sus votos no le obligan al celibato?

— Si, le obligan, pero no hay votos de

que el soberano pontifice que está en Roma, no pueda dispensar; los nudos que ha apretado la Iglesia, los puede romper la misma Iglesia cuando lo exige el honor de la religion. Su santidad cree un deber suyo el conceder semejantes dispensas; y seguramente, es ventajoso para la religion que su titulo no salga de una familia católica. En una palabra, apostaria con gusto á que milord Elmwood está casado antes de un año.

Miss Milner que escuchaba atentamente esta conversacion, creyó que cuanto habia oido no era mas que una ilusion, ó que tal vez la engañaba M. Fleetmond, asegurando una cosa

que podia él ignorar. Nada habia dicho sin embargo que no fuese muy verosimil; el mismo era católico romano, y debia por consiguiente conocer muy bien la materia de que hablaba.

Las noticias mas funestas que hubiese llegado ella á oír, no le hubieran producido mayor agitacion de cuerpo y de espíritu. A cada palabra sentia circular el frio por sus venas. Era demasiado vivo el placer para no llevar consigo un vivo sentimiento de pena, y aun tan doloroso, que, por espacio de algunos momentos, hubiera deseado no haber oido nada de lo que acababan de decir, aunque un mo-

mento despues, no hubiera querido, por cuanto hay en el mundo, haber perdido una sola palabra.

No bien habia vuelto en sí de este esceso de sorpresa, de agitacion y de júbilo, cuando escribió á miss Woodley cuanto habia dicho M. Fleetmond, y he aquí la respuesta que recibió de su amiga.

« Mucho siento que hayan informado á vm. tan bien, porque queria yo tener la satisfaccion de ser la primera que comunicase á vm. lo que ha sabido de M. Fleetmond; pero temo que su salud de vm. se encuentre todavia demasiado debil para sobrellevar las esperanzas que debe concebir. Yo di-

feria el hacer á vm. participante de ellas por contemplar con su corazon de vm. y veo que me han prevenido. Sin embargo, como vm. duda todavía de la verdad de lo que ha oido, puedo asegurarle que quizá no está muy distante su confirmacion, y, lo que constituye una nueva prueba de ello, son las vivas instancias que yo le hago para que vuelva en medio de nosotros, desde luego que halle un pretesto plausible para dejar á lady Luneham.

«Venga vm., mi querida miss Milner; la que fué hasta aquí un mentor severo para vm., no será ya sino una fiel confidente. Y no amenazaré á vm.

con revelar un secreto que me ha confiado; pero dejaré el cuidado de adivinarlo á la penetracion y sensibilidad de su corazon, que debe desde ahora procurar leer en los nuestros, para encontrar en ellos uno que se conforme con el suyo. Lejos de seguir condenando sus sentimientos de vm. los elogio, y la felicito á vm. de ellos; y todos mis votos serán en adelante porque su amor de vm. obtenga la correspondencia que merece.»

Esta carta fué todavía uno de esos placeres vehementes á los cuales costó bastante trabajo á la salud de miss Milner el poder resistir. Perdió el apetito, y no pudo reconciliar el sueño

en muchas noches consecutivas. De tal manera se ocupaba de la nueva perspectiva que se presentaba á su vista, que no se hallaba capaz de pensar en otra cosa, ni aun de imaginar una razon para dejar á lady Luneham antes de los dos meses que tenia aun que pasar á su lado. Escribió pues á miss Woodley, implorando los socorros de su convite, reconviniéndole de haberle guardado por tan largo tiempo el secreto, y dándole las gracias por habérselo por fin participado de una manera tan digna de su amistad. Suplicábale tambien que le comunicase como miraba M. Doriforth (porque ella seguia dándole este nombre),

aquella repentina revolucion en su destino.

Apresuróse miss Woodley á indicarle que era indispensable volviese á Londres para negocios urgentes; y sin entrar en esplicacion alguna, le dijo lo bastante para no permitir á lady Luneham el que procurase retener mas tiempo á miss Milner.

He aquí lo que respondió á la pregunta de su amiga concerniente á milord Elmwood. «Ese es un artículo de que habla muy pocas veces. Parece exactamente el mismo que lo ha visto vm. siempre, y nada haria creer en su conducta que ha cambiado de estado.»

Tanto mejor, exclamó miss Milner, me alegro mucho que sea siempre el mismo; conozeo que le hubiera amado menos si hubiera tomado otro lenguaje y otras maneras; en los mismos términos se hubiera explicado, si miss Woodley le hubiera escrito que estaba enteramente demudado. Fijóse por fin el día de su partida, día feliz que deseaba con la mayor ansia. Contaba los momentos con impaciencia; y cuando llegó por fin el tan ansiado día, se hallaba tan enferma de haber esperado que tuvo que diferirlo aun una semana.

Ya la tenemos por fin en Londres en casa de su tutor, y este tutor no está

ligado con sus primeros votos. El matrimonio ha llegado á ser uno de sus deberes. Le pareció, así como á miss Milner, el mismo que antes, y aun acaso mas digno de ser amado; porque era la primera vez que lo veía con los ojos de la esperanza. M. Sandford, por el contrario, le pareció demudado; es cierto que en su conducta para con ella no usaba de mas miramientos ni mas respeto, pero ella no lo notó; á sus ojos se habia hecho mas tratable, dulce y político. Así es á lo menos, como ella lo veía en medio del júbilo de que estaba lleno su corazón: porque en el júbilo sucede como en

ciertas enfermedades en que nuestros ojos prestan á los objetos sus propios colores.



Capítulo Segundo.

Disponiase milord Elmwood para ir á Roma á fin de obtener allí una dispensa formal de sus votos, evitaba sin embargo con estudio el hablar de su

ciertas enfermedades en que nuestros ojos prestan á los objetos sus propios colores.



Capítulo Segundo.

Disponiase milord Elmwood para ir á Roma á fin de obtener allí una dispensa formal de sus votos, evitaba sin embargo con estudio el hablar de su

viage, ó, si alguna circunstancia imprevista le precisaba á dejar escapar algunas palabras acerca de él, era sin dar muestra alguna de placer ni de disgusto.

Comenzaba á alarmarse el orgullo de miss Milner. Mientras que su tutor habia sido M. Doriforth, un clérigo condenado al celibato, la indiferencia que habia mostrada hácia sus hechizos, lejos de serle motivo de reconvenccion, le hacia honor para con su pupila; y, si se ha de decir todo, lo admiraba por aquella prueba de insensibilidad. Pero en el momento de recibir su libertad, y estar para hacer una eleccion, que esta eleccion no recayese al

punto sobre ella, esto le sugeria un motivo de resentimiento. Estaba acostumbrada á recibir los obsequios de todos los hombres que la conocian, y era una cruel humillacion el no obtener el de aquel de quien principalmente deseaba ella ser amada, lamentábase de ello á miss Woodley, quien la exhortaba á la paciencia; pero la paciencia era una de las virtudes de que ella hacia menos uso.

Alentada sin embargo por su amiga en sus justos esfuerzos para ganar el efecto del que robaba todas sus atenciones, nada descuidó á fin de no malograr su conquista. Pero habia comenzado no dudando del buen éxito,

y por lo mismo le fué mucho mas sensible el no conseguirlo; ó mas bien se desanimó de ante mano, como de ante mano se habia lisongeado. Su corazon alternativamente feliz y despedazado, pasaba en un momento de la esperanza á la desesperacion.

Estas sucesivas variaciones influian poderosamente en su caracter, viéndosela tan pronto viva y alegre, como triste y abatida; y aun dieron á su conducta apariencias de capricho, lo que no le habian dado jamas sus mismas inconsecuencias.

No era este seguramente el camino del corazon de milord Elmwood. Ella lo sabia y por lo mismo en su presen-

cia velaba un poco mas sobre sí misma; el distinto giro que daba entonces á sus modales, fué notado por Sandford, quien no vaciló en añadir al catálogo de los defectos que encontraba en ella el vicio de la hipocresia. Era facil observar que, de dia en dia hacia Sandford menos caso de ella; y, como al mismo tiempo era él quien ejercia mas influencia sobre la opinion de su tutor, conoció muy pronto miss Milner que el disgusto con que lo miraba se habia convertido en un verdadero horror.

Cuando se hallaban reunidos se echaban de ver sus mutuas disposiciones en todas sus palabras y acciones;

pero cuando estaba ausente Sandford, el corazon de miss Milner, siempre bueno, siempre incapaz de malignidad, no le permitia pronunciar una sola palabra que pudiese perjudicar á su enemigo para con milord Elmwood. No se estendia á tanto la caridad de Sandford; y una noche que estaba en la Opera miss Milner y que él hablaba de ella desventajosamente, sin otro desigño, segun decia, que el de abrir los ojos de su tutor sobre los defectos de su pupila, le respondió milord Elmwood.

— Hay uno, sin embargo, M. Sandford, que no le puedo echar en cara.

— ¿Y cual es milord? exclamó el otro, ¿cual es el defecto de que está exenta miss Milner?

— Jamas, replicó milord, le he oido en su ausencia de vm. decir una sola palabra que le fuese á vm. defavorable.

— No se atreve, milord, porque le teme á vm., porque sabe que vm. no lo consentiria.

— Esto prueba pues que me dispensa mas estimacion que vm. mismo; porque vm. la censura con toda libertad, sin dudar si quiera que yo lo consienta.

— Milord, replicó Sandford, veo que me he engañado, y en adelante

no me volveré á tomar semejante libertad.

Habia mostrado siempre milord Elmwood el mayor respeto á Sandford; temió haberle faltado en aquella ocasion, y faltó poco para que lo que acababa de decir, en lugar de ser ventajoso á miss Milner, se volviese contra ella; porque notando que se habia ofendido su amigo, comenzó el mismo milord, como por via de reparacion, á deplorar la ligereza é inconsecuencia de su pupila: y Sandford, perdonándole se apresuró á juntar, y con mucho gusto, sus quejas á las que acababa de oír, añadiendo:

— El primer cuidado de vm. debe ser precisarla, ó á casarse, ó á volver al campo.

Volvió ella de la Opera, precisamente en el momento que acababa aquella conversacion, y luego que entró, tomó Sandford, su candelero para retirarse. Miss Woodley que habia estado en el teatro con miss Woodley, exclamó:

—¿Pero qué, M. Sandford, está vm. indispuesto, que nos deja tan pronto?

—No, respondió, pero tengo delicada la cabeza.

Miss Milner que jamas oia quejarse á nadie sin conmoverse, se levantó al punto y le dijo:

—Yo no me acuerdo, señor Sandford, que se haya vm. quejado nunca de dolores de cabeza. ¿Quiere vm. un específico que tengo en mi cuarto? Es seguramente un remedio infalible. Voy á buscárselo á vm.

Salió corriendo y volvió con una botella que dijo ser un regalo de lady Luneham, y de un efecto tan seguro como pronto, ofreciéndosela al mismo tiempo con tanto celo, que á pesar de toda su incivilidad no pudo Sandford dejar de aceptarla.

No habia hecho miss Milner mas que cumplir uno de los deberes de la sociedad, de los que apenas se dispensa un enemigo con respecto al que

lo es suyo; pero el mérito estaba en el modo, en el que se echaba de ver la benevolencia sin afectacion, y una obsequiosa solicitud que aumentaba el valor de aquella accion. Olvidó al punto milord Elmwood todos los defectos que acababa de achacarle, y no sintió otro sentimiento hácia ella que el de la admiracion. El mismo Sandford no permaneció insensible, y, al retirarse, le dió las buenas noches.

A los ojos de miss Milner y de su amiga, que ignoraban lo que se habia dicho en su ausencia, parecia muy sencillo lo que habia hecho; pero milord Elmwood dió á aquella accion un precio infinito; y así es que desde

el momento en que se retiró Sandford, pareció mucho mas contento que lo estaba de costumbre. Reconvinó desde luego á las damas, por no haberle ofrecido un asiento en su palco para la Opera.

— ¿Y hubiera vm. venido, milord? preguntó miss Milner rebotando de gozo por una reconvencion tan agradable.

— Ciertamente, si vm. me hubiera convidado.

— ¡Pues bien! desde ahora lo convidó á vm. para todos los dias de Opera, y no recibiré en mi palco mas personas que las que convengan á vm.

— Ese es un obsequio muy particular, respondió.

— Y vm. milord, continuó miss Milner, que no ha oído todavia mas música que la de la iglesia, será vm. mas sensible á la dulce melodía del amor.

— ¡Qué deliciosos placeres me promete vm.! yo no sé si podré soportarlos.

Su pupila lo miró, y vió en sus ojos, que tenia fijos en ella, una espresion extraordinaria de sensibilidad. Sorprendida y encantada queria seguir mirándolo, pero no pudiendo resistir el fuego de sus ojos, bajó los suyos y se ruborizó. Movido milord de aquel

repentino rubor, se apresuró á volver á tomar su aire acostumbrado, y guardó silencio.

Miss Woodley, muda observadora de esta escena, creyó que en aquel momento una ó dos palabras de su parte serian mas bien agradables que importunas.

— Perdone vm. , milord , le dijo , cuando debe vm. ir á Francia ?

— A Italia querrá vm. decir , pero ya no iré; hubiera debido en efecto ir á Roma, y ese era mi designio; pero hay tantos negocios que exigen mi presencia en Inglaterra, y son tan indulgentes mis superiores, que se han

suplido aqui las formas indispensables.

— De ese modo no está vm. ya ligado con las órdenes, le dijo miss Woodley.

— No, hace quince dias.

— Milord, le deseo vm. su mayor dicha, le dijo miss Milner.

Dióla las gracias añadiendo con un suspiro :

— Si he dejado un estado en que era feliz, por desear ser mas feliz todavía, quizá vendré á perder en el trato. Al decir estas palabras les dió las buenas noches y se retiró.

Aunque era una felicidad para miss Milner el oirlo y estar á su lado, tuvo

un placer en verlo alejarse, porque su corazon estaba impaciente por derramar sus esperanzas en el seno de miss Woodley. Tomó la venia de madama Horton, y habiendo pasado al cuarto de su amiga, se entregó á toda la efusion de su amor, y á todo el júbilo que le inspiraba la certeza de ser amada. Describia todos los sentimientos que habia leido en los ojos de milord Elmwood, y aunque su amiga hubiese podido leerlos lo mismo que ella, la imaginacion de miss Milner le exageraba de tal manera la espresion de sus miradas, y, les iba dando por grados una interpretacion tan conforme á sus deseos, que, si miss Woodley no

hubiera sabido reducirlo todo á su justo valor, no hubiera ella dudado, segun los trasportes de su alma, que habia recibido la declaracion mas positiva, y la confesion menos equívoca.

Creyó pues de su deber miss Milner el retraerla de aquella embriaguez, y representarle que podia aun engañarse en sus esperanzas; y que, aun suponiendo que su tutor le diese la preferencia entre todas las demas mugeres, se opondrian á su union grandes obstáculos. ¿No seria consultado en una ocasion semejante Sandford, que dirigia todas las acciones y hasta los pensamientos de milord? Y si lo

era, ¿de qué podía lisonjearse miss Milner, á no ser que su tutor se abrasase en el mas ardiente amor por ella? ¿Pero debia suponerse que un hombre tal como milord Elmwood fuese capaz de sentir y entregarse á aquel ardiente amor? De este language usaba miss Woodley con el objeto de fortalecer á su amiga contra los acontecimientos menos favorables que pudiesen sobrevenir; pero en el fondo de su corazon apenas dudaba que todo debiese resultar á medida de sus deseos. Lo que sigue prueba cuan engañada estaba.

Pretendió á miss Milner un joven de calidad y muy rico, y su tutor, lejos de mostrar por sí alguna mira so-

bre ella, habló en favor de aquel nuevo amante con mas celo aun que lo habia hecho por sir Edward y por lord Federico; de este modo se desvanecieron todas las esperanzas de dicha de que se habia penetrado la pobre miss Milner.

Así es que la tristeza mas sombría vino á ser su humor habitual; se confinó en su cuarto y aun hizo negar su puerta á cuantos iban á verla; tal vez no hubiera podido decir ella misma si aquel partido que tomaba era efecto de su melancolia, ó de un resto de esperanza de agradar á su tutor por medio de aquella conducta apacible y vida retirada que sabia ella ser de

su gusto; lo que hay de cierto á lo menos, es que su tutor advirtió este cambio, y creyó que debía hablarle y felicitarla por él.

Una mañana que estaba trabajando con miss Woodley, entró en su cuarto; la conversacion giro por de pronto sobre asuntos indiferentes, á que su pupila respondia con voz lánguida y tono abatido. Por fin le dijo: — Quizá me equivoco, miss Milner, pero me parece que de algun tiempo á esta parte, está vm. mas pensativa que de ordinario.

Ella se puso colorada como le sucedia siempre que se trataba de su persona.

temo que hallaria vm. alguno que no podria vm. perdonar.

Caminaban tan directamente al objeto estas palabras, que miss Woodley comenzaba á alarmarse; pero no habia motivo. Amaba miss Milner con un amor demasiado sincero para hacerse traicion delante del objeto amado.

El respondió:

— Y si todos los míos le fuesen á vm. conocidos, quizá hallaria vm. tambien algunos que le pareciesen imperdonables.

Perdió ella el color y su mano se quedó sin fuerza para manejar la aguja; ciega de esperanzas, se imaginó

su gusto; lo que hay de cierto á lo menos, es que su tutor advirtió este cambio, y creyó que debía hablarle y felicitarla por él.

Una mañana que estaba trabajando con miss Woodley, entró en su cuarto; la conversacion giro por de pronto sobre asuntos indiferentes, á que su pupila respondia con voz lánguida y tono abatido. Por fin le dijo: — Quizá me equivoco, miss Milner, pero me parece que de algun tiempo á esta parte, está vm. mas pensativa que de ordinario.

Ella se puso colorada como le sucedia siempre que se trataba de su persona.

temo que hallaria vm. alguno que no podria vm. perdonar.

Caminaban tan directamente al objeto estas palabras, que miss Woodley comenzaba á alarmarse; pero no habia motivo. Amaba miss Milner con un amor demasiado sincero para hacerse traicion delante del objeto amado.

El respondió:

— Y si todos los míos le fuesen á vm. conocidos, quizá hallaria vm. tambien algunos que le pareciesen imperdonables.

Perdió ella el color y su mano se quedó sin fuerza para manejar la aguja; ciega de esperanzas, se imaginó

que el amor de milord hacía ella era uno de aquellos sentimientos de que él hablaba , y como su turbacion le impedia responder, continuó milord :

— Mucho tenemos que perdonarnos uno y otro, y no sé yo si el amigo oficioso que quiere absolutamente que se sigan sus buenos consejos no es tan reprehensible, como el que se obstina en no escucharlos. Despues de este prefacio, que puede de antemano servir á vm. de apologia , aunque vm. hubiese de rehusar mis consejos , voy á aventurar el hacerle conocer mis deseos.

— Milord, jamas me he negado á seguir sus consejos de vm. , á no ser

cuando mi propia dicha estaba tan interesada en ello, que una escesiva deferencia de mi parte, hubiera sido vituperable.

— Pues bien , señorita , yo me someto á sus determinaciones de vm. , y no me opondré ya al partido que parece querer vm. tomar de no casarse.

A estas palabras que probaban demasiado cuan distante estaba el de pedir su mano para si mismo, quedó profundamente afligida miss Milner, y le dirigió una mirada llena de reconcion, en la que él no fijó la atencion.

— ¡ Mientras que vm. permanezca

soltera, me parece que la voluntad de su padre le prescribe el que permanezca conmigo; pero como yo tengo el designio de hacer en lo sucesivo mi mansion ordinaria en el campo, respóndame vm. con franqueza: Cree vm. poderse hallar feliz en él á lo menos durante nueve meses del año?

Dudó ella un momento y por fin respondió:

—No tengo reparo alguno que oponer.

—Estoy sumamente satisfecho de oír hablar á vm. así, continuó él con viveza, porque mi mas ardiente deseo es tenerla á vm. conmigo; su dicha de vm. me interesa mas que la

mia propia; y, si estuviéremos distantes el uno del otro, mi alma seria presa de continuos temores.

Eternecióse miss Milner del tono con que pronunció estas palabras, lo que no dejó él de notar, y, para vencerla, para penetrarla aun mas del interés que tomaba por ella, añadió con nuevo calor.

—Si vm. se resuelve á no vivir en Londres, durante el tiempo de que yo hablo, nada olvidaré de cuanto sea capaz de hacer la mansion del campo tal como vm. pudiera desearla; yo rogare á miss Woodley que nos acompañe tanto por vm. como por mi; y no seré yo el único que me dedicare

á formar á vm. una sociedad agradable, sino que yo respondo de que este será tambien el primer cuidado de lady Elmwood.

Iba él á continuar, pero el golpe habia sido dirigido al corazon de miss Milner.

Observó que habia cambiado de color, y fijó en ella su vista.

La alteracion de sus facciones no indicaba solamente un simple tránsito del gozo al pesar, del placer á la pena; era un vivo dolor, era una verdadera angustia la que sentia miss Milner y no disimulaba su semblante.

No lloraba, pero llamó á su lado

á miss Woodley, con una voz que habia comprender cuanto ella estaba sufriendo.

— Milord (esclamó miss Woodley consternada y temerosa de que él no penetrase el secreto de su pupila), milord, miss Milner ha vuelto á engañar á vm.; no le hable vm. mas de dejar á Londres, esto es lo que le ha hecho tanto daño.

Pareció que le afligia aun mas su mala fe que el estado en que se hallaba. ¡ Buen Dios! esclamó, ¿ cómo podré yo satisfacer jamas sus deseos? cómo sabré lo que ella quiere, si en lugar de confiar en mi, continua

siempre engañándome de esta manera?

Apoyábase ella, pálida como la muerte, sobre el hombro de miss Woodley; su ojo estaba fijo y parecía insensible á cuanto se le decia. El continuó :

— Pongo al cielo por testigo, si, si yo supiese, si yo concibiese algun medio de hacerla feliz, le sacrificaría aun mi propia dicha.

— Milord, dijo sonriéndose miss Woodley, quizá algun dia recordare yo á vm. ese compromiso.

La confesion de sus pensamientos no le permitió penetrar el sentido de aquellas palabras, pero repitió con

calor. — Hable vm., yo estoy pronto á cumplirlo; hable vm., vm. verá si me vuelvo atras.

Aunque sabia muy bien miss Milner que no podia, en conciencia, prevalerse contra él de aquella declaracion, sin embargo el ardor con que la habia hecho, reanimó sus amortiguados espíritus. Esperimentó aquella especie de placer que se percibe algunas veces, al pensar en que se posee alguna cosa preciosa, aunque no se esté decidido á hacer jamas uso de ella. Levantó la cabeza y la sostuvo con su mano, apoyándola sobre la mesa, pero sin proferir una palabra, y como abismada en las mas sombrías

reflexiones. Su estado sin embargo comenzaba á dar menos cuidado; y la compasión é inquietudes de su tutor hicieron de nuevo lugar al resentimiento. Aunque él no lo dijese, no dejaba de estar y de parecer ofendido.

Presentóse en aquel momento M. Sandford.

Menos penetracion que la suya hubiera bastado para conocer cuan tristes y descontentos estaban todos. Cualquiera otro, hubiera tomado parte, acaso, en las disposiciones que se leian en sus semblantes, pero él, despues de haber considerado sucesiva-

mente todos los actores de aquella escena, se mostró muy alegre.

— Me parece que está vm. afligido, milord, le dijo sonriéndose.

— Vm. me parece que no lo está, M. Sandford, replicó milord Elmwood.

— No, milord, y no lo estaria mas si me hallase en su lugar de vm. ¿Qué es lo que debe turbar á un hombre de conocimiento, á no ser un objeto que merezca la pena? y dirigió los ojos hácia miss Milner.

— No hay aquí objetos que no merezcan nuestros cuidados.

— Hay algunos á lo menos, interrumpió el otro, para quien todos

nuestros cuidados son inútiles : vm. convendrá en ello milord.

— Jamas he desesperado de nadie, M. Sandford.

— Y sin embargo no faltan personas de quienes, sin mucha presunción, nada se puede esperar.

— ¿Tiene vm. mala la cabeza, miss Milner? le preguntó su amiga, viendo que la apoyaba sobre su mano.

— Y muy mala que la tengo, respondió ella.

— M. Sandford, dijo miss Woodley, ¿tomó vm. todas las gotas de ether que dió á vm. miss Milner por una indisposicion semejante?

— Sí, respondió él, todas las tomé :

sentarse en la palestra delante de miss Milner?

No era difícil el adivinar cual era esta rival; ó, si hubiese quedado aun alguna duda, miss Woodley consiguió el desvanecerla bien pronto, merced á M. Sandford, quien no penetrando el motivo de las preguntas de miss Woodley, se apresuró á responderle que la futura lady Elmwood no era otra que miss Fenton, y que se celebraria su casamiento luego que se quitase el luto del último lord Elmwood. No pudo oír miss Woodley sin estremecerse, que se habia fijado ya la época; mas no por eso dejó de referir á miss Milner palabra por pala-

bra, lo que Sandford le habia dicho.

— ¡Feliz, feliz muger! exclamó miss Milner al oír el nombre de miss Fenton, ¡ella es la primera que ha hecho palpar su corazón, ella es quien ha gozado de la deliciosa dicha de enseñarle á amar!

— ¿Qué es lo que vm. dice? replicó miss Woodley, á quien no le ocurría medio alguno mas propio para consolar á su amiga. No crea vm. que su union sea obra del amor. Ese es un deber, un arreglo de familia; ¿no lo prueba bastante la misma eleccion de la esposa? Milord Elmwood habia mirado á miss Fenton como un buen partido para su primo; y las mismas

razones de conveniencia se la habrán hecho elegir para sí mismo.

Deseaba demasiado miss Milner que su amiga dijese la verdad, para no creerla fácilmente.

— ¡Oh! exclamó ella, ¡qué no pueda yo oponer los fuegos del amor á los frios arreglos de conveniencia! ¿Cree vm., mi querida miss Milner, y sus miradas eran tan ejecutivas que era imposible el no responder como ella deseaba, cree vm. que seria yo culpable con respecto á miss Fenton, si encendiese en el corazón de su futuro esposo un amor que ella puede no haberle inspirado, y que la contemplo incapaz de sentir?

Después de un momento de silencio, respondió miss Woodley: — No. Pero dudó al pronunciar estas palabras; dijo, no, y parecía reconvenirse de no haber dicho, si. No le dió tiempo miss Milner para reponerse, ni para interpretar lo que habia dicho; pero se apresuró ella á declarar, que puesto era aquella la opinion de su amiga, sentia en si un nuevo aliento, y que haria cuanto estuviere de su parte para suplantar á su rival: sin embargo, á fin de justificarse á sus propios ojos, y sobre todo para tranquilizar la conciencia de miss Woodley, decidieron entre sí, que el corazon de miss Fenton no tenia la mas

minima parte en su proyectado casamiento con milord Elmwood, y que por lo mismo le seria indiferentes se formasen ó rompiesen sus nudos.

Desde la muerte de su primer amante, no habia ido á Londres miss Fenton, ni el nuevo conde Elmwood se habia arrimado al sitio en que ella vivia, desde el dia en que habia muerto su primo. Era imposible que en aquel mismo dia hubiera él pensado en hacerle una declaracion de amor. Si la habia hecho despues, no habia podido ser sino por cartas ó por medio de Sandford, que las dos amigas no ignoraban hubiese estado en la campaña á visitar á miss Fenton; ademas de que

¡cuan poco á propósito era M. Sandford para hacer valer una declaracion de amor! reflexion que las consolaba.

Asi es que de conjeturas en conjeturas, fundadas unas y otras no, iban tomando ánimo nuestras dos amigas: pero al siguiente dia, vino una nube á oscurecer sus esperanzas; porque, á la hora del desayuno, les dijo M. Sandford:

— Miss Fenton, señoras, me encarga muchos cumplimientos para vms.

— ¿Está en Londres? preguntó madama Horton.

— Llegó ayer tarde, respondió

Sandford; vive en casa de su hermano, calle de Ormond. Milord y yo cenamos allí anoche, motivo por el cual vinimos tan tarde.

Al punto se presentó milord Elmwood, y saludando á su pupila, le confirmó lo que acababa de oir, diciéndole que miss Fenton le habia encargado para ella sus mas tiernos respetos.

— ¿Y qué le ha parecido á vm. la pobre miss Fenton? preguntó madama Horton á milord.

Sandford se apresuró á replicar:

— Hermosa, tan hermosa como siempre.

— ¿Con qué ha sabido vencer su

pesar? dijo madama Horton, no pensando que hablaba delante de su nuevo amante.

— ¡Su pesar! respondió Sandford, ¡miss Fenton afligirse por las penas que el cielo envia! esto no seria digno de ella.

— Pero hay ciertos acontecimientos que cuesta mucho trabajo á las mugeres el soportar, replicó inocentemente madama Horton.

Lord Elmwood preguntó á miss Milner si pensaba montar á caballo, en atencion al hermoso tiempo que hacia.

— Hay dos clases de mugeres, dijo Sandford, dirigiéndose á madama

Horton, y hay tanta diferencia entre ellas como entre los buenos y malos ángeles.

Lord Elmwood preguntó segunda vez á miss Milner si pensaba salir.

Ella respondió que no.

— Y la hermosura, continuó Sandford, prueba mejor que nada su insigne maldad. Lucifer era el mas hermoso de los ángeles.

— ¡Cómo sabe vm. eso? dijo miss Milner.

— Su hermosura, continuó Sandford (desdeñándose responder á la pregunta), agravó su crimen, porque hizo ver en él una doble ingratitud

hacia el ser supremo que se la habia concedido.

— Ya que se trata de ángeles, dijo miss Milner, yo me alegraria de tener alas, al punto me echaria á volar para dar la vuelta del parque.

— Y seguramente se la tendria á vm. por un angel, dijo milord Elmwood.

Irritado Sandford de este corto cumplimiento, replicó de un modo tan ultrajante*, que miss Milner, que estaba ya de mal humor, se ofendió estremadamente de ello, y apeló,

* He aquí la replica; yo creeria que la piel de serpiente seria mas característica.

(Nota del traductor francés).

por decirlo asi á su tutor, casi con las lágrimas en los ojos. — Milord. esclamó, ¿no me trata indignamente M. Sandford?

— Pienso seguramente como vm., y miró á Sandford con talante descontento.

Fué este un triunfo tan agradable para ella, que al punto perdonó aquella ofensa; pero el que la habia hecho no perdonó tan fácilmente su triunfo.

— Buenos dias, señoras, dijo milord Elmwood, levantándose para salir.

— Milord, dijo miss Woodley, vm. ha prometido á miss Milner el ir con

ella á la Opera; esta noche la hay.

— ¿Vendrá vm., milord? preguntó miss Milner, con un tono tan atractivo, que milord pareció á un mismo tiempo querer y no poder excusarse.

— Yo como hoy en casa de M. Fenton, replicó; y si consiente en ir así como tambien su hermana, y vm. tiene la bondad de darles asientos en su palco, yo prometo á vm. el concurrir.

Era esta una condicion que ella no debia tener mucho gusto en aceptar. Sin embargo, como tenia curiosidad de verlo en compañía de su futura esposa (imaginándose que entonces le seria facil penetrar los verdaderos

sentimientos de milord), su respuesta fué bastante graciosa. — Con mucho gusto; mis cumplimientos á M. y miss Fenton; esperó que me harán el honor de venir á mi palco.

— Pues bien, señorita, si ellos van puede vm. contar tambien conmigo; de otro modo no puedo prometer á vm. nada. Con esto las saludó y salió.

Este dia se pasó, de parte de miss Milner, en una inquieta espectacion de lo que debia saber en la misma noche, porque del descubrimiento que ella hiciese iba á depender su futura conducta. Si observaba en las miradas, en las espresiones y en los

conatos de milord , que amaba á miss Fenton, desde el mismo instante dejaría ella de quererlo ; pero si lo encontraba para con su rival con aire indiferente, desde el mismo instante tambien podría abandonarse á las mas lisonjeras esperanzas.

Todo el dia estuvo consultando su espejo para aquellas dos ó tres horas de la noche. Aquella alternativa de temor y de esperanza en que fluctuaba su corazon , animó su tez y sus ojos con un nuevo brillo. Jamas habia estado ella mas hermosa ; pero todos sus hechizos y el cuidado que habia ella puesto en adornarlos, todo vino á ser inutil ; en vano estuvieron fijos

sus ojos sobre la puerta del palco , con la esperanza de verla abrirse. No pareció milord Elmwood.

La orquesta estuvo mala , el espectáculo fué detestable ; en una palabra todo era para ella motivo de disgusto.

Esperaba pues con impaciencia á que se bajase el telon , porque no se encontraba bien en donde estaba ; preguntábase sin embargo á si misma : — ¿ Seré menos desgraciada en casa ? Si. En casa veré á milord Elmwood , y esto es bastante dicha ; pero él me mirará con indiferencia , y yo no dejaré de sufrir. ¡ Qué hombre tan ingrato ! no quiero pensar mas en él.

Si, al pensar en él hubiera podido separar su imagen de la de miss Fenton, hubiera sido su pena mas soportable; pero cuando ella se los representaba reunidos como dos amantes, apenas hay tormentos que compararse puedan á los que despedazaban su corazón.

Pocas personas saben lo que son realmente los zelos, porque pocas personas han sentido un verdadero amor. En los que se entregaron á estas dos pasiones, no solamente afectan el alma los zelos, sino tambien, si puedo decirlo, toda la máquina; todas las fibras de miss Milner se hacian sensibles, siempre que se

representaba á miss Fenton adorada de milord Elmwood y el objeto de sus conatos.

En el momento que se acabó la ópera, se apresuró á bajar, como para huir de su palco y de los tormentos que habia sufrido en él, y en lugar de entrar en el café, segun le instaba miss Woodley, esperó su coche en la puerta.

Quebrantado su corazón y lleno de despecho y de resentimientos contra aquel de quien ella tenia por que quejarse, no ponía ninguna atención en cuanto pasaba alrededor de ella; en aquel momento una mano oprimió suavemente la suya, y una voz res-

petuosa y tierna le dijo: — ¿Tiene vm. á bien permitirme que la acompañe hasta su coche? A estas palabras salió de su cavilacion, miró, y vió á su lado á milord Federico. Sea que su corazón enternecido por su amor hacía otro, fuese mas accesible que antes; sea que animado por el resentimiento, se apresurase á aprovechar una ocasion de venganza, lo cierto es que aquel momento fué favorable á milord Federico, Pareció muy contenta de verlo, y milord lo notó con el enagiamiento de un humilde adorador. Seguramente no era amor lo que ella sentia hácia él, era solamente reconocimiento por el conato de mi-

lord comparado con la indiferencia con que la trataba su tutor; pero milord Federico era muy excusable en engañarse, y mirar aquel movimiento de reconocimiento como una centella del secreto afecto que le conservaba; este engaño sin embargo no le hizo traspasar los limites del respeto; la acompañó al coche, la saludó profundamente y desapareció.

Miss Woodley hubiera querido curarla de un amor que no podia menos de hacerla desgraciada; así es que en el camino fué haciendo el elogio de milord Federico, y se esforzó á enternecer su alma en favor suyo; pero esta tentativa desagradó á miss Milner.

— ¡Qué! exclamó, ¡quiere vm. que yo ame á un libertino, al amante declarado de todas las mugeres! Eso es imposible. Un libertino es tan odioso á mis ojos, como lo es una muger sin costumbres á los de un hombre delicado. ¿En donde está la gloria, en donde la dicha de inspirar una pasión que mil otras mugeres pueden inspirar igualmente?

— Es muy extraño, decia miss Woodley, que vm., que no está exenta de varios caprichos que se achacan á su sexo, pueda dirigirse en la elección de un amante, por un gusto tan opuesto al de casi todas las mugeres.

— Mi querida miss Woodley, repli-

có la otra, compare vm. los obsequios inspidos y frívolos de un libertino, con la pasión profunda y animada de un hombre virtuoso, y juzgue vm. misma.

Sonrióse miss Milner de verla en una opinión que á la mitad de su sexo parecería ridícula; pero movida del tono de verdad que habia comunicado á sus palabras, ya no dudó que su conducta reciente con lord Federico no hubiese sido un puro afecto del momento ó del acaso.

Detúvose su coche á la puerta al mismo tiempo que el de milord Elmwood: M. Sandford estaba con él y

ambos venian de pasar la noche en casa de miss Fenton.

— Parece, milord, dijo miss Woodley, luego que entraron en la sala, que no ha venido vm. á reunírse-nos.

— No, respondió, y lo he sentido; ¿pero creo que vms. no me habrán esperado?

— ¡Que no le habremos esperado milord! exclamó miss Milner, ¿no nos habia vm. dicho que vendria?

— Si lo hubiera dicho positivamente, á buen seguro que no hubiera faltado; pero yo no me habia comprometido sino bajo condicion.

— Es la verdad, exclamó Sand-

ford; porque yo estaba presente cuando él ha dicho que eso dependeria de miss Fenton.

— ¿Y miss Fenton con su humor melancólico, dijo miss Milner, ha preferido el estarse en casa?

— ¡Humor melancólico! repitió Sandford; tiene mucha jovialidad, y yo creo que jamas ha estado mas alegre que esta noche, milord.

Milord no dijo una palabra.

— Perdone vm., M. Sandford, dijo miss Milner, yo no he pretendido hacer ninguna reflexion acerca del humor de miss Fenton, sino solamente vituperar el gusto que la induce á estarse en casa.

— Yo pienso, replicó Sandford, que con mas justicia se podria vituperar el de aquellas que prefieren estar siempre fuera.

— Pero, á lo menos, señoras, dijo milord Elmwood, espero que no me habrán echado muy de menos; ¿porque segun veo tenian vms. un caballero consigo?

— ¡Oh! sí, y aun dos, respondió el hijo de lady Evans, joven que acababa de salir del colegio y que miss Milner habia llevado consigo.

— ¿Cómo dos? preguntó milord Elmwood.

No respondieron una sola palabra ni miss Milner ni miss Woodley.

— Señorita, dijo el joven Evans, vm. conocia á aquel bello joven que le ha dado la mano hasta su coche, le llamaba vm. milord.

— ¡Oh! quiere hablar de lord Federico Lawnly, dijo con negligencia miss Milner, aunque poniéndose colorada de confusion.

— ¿Y él le ha dado á vm. la mano hasta el coche? preguntó con viveza milord Elmwood.

— Ha sido un puro efecto de la casualidad, replicó miss Woodley; porque era tan grande la multitud...

— Yo creo, milord, dijo Sandford, que ha sido una felicidad que no haya estado vm. alli.

— Si lord Elmwood hubiese estado con nosotras, no hubiéramos tenido necesidad de nadie, dijo miss Milner.

— Señorita, replicó Sandford, mi lord Elmwood ha sido muy frecuentemente con vm. y sin embargo...

— M. Sandford, interrumpió lord Elmwood, es tarde, y vm. está impidiendo á estas señoras el que se retiren.

— No se tendrá que hacer á vm. esa reconvencción, milord, respondió miss Milner, porque no dice vm. una palabra.

— Es que, señorita, temeria desagradar.

— Quizá tambien podria vm. complacer, y sin arriesgar lo uno no se puede conseguir lo otro.

— Yo creo que en este momento no serian iguales las probabilidades; yo prefiero el dar á vms. las buenas noches, y salió un poco bruscamente.

— Lord Elmwood, dijo miss Milner, está muy serio. No parece á un hombre que ha pasado la noche con la que ama.

— Será acaso el sentimiento de haberla dejado, dijo miss Woodley.

— O mas bien ofendido, dijo Sandford, del modo con que se ha hablado de ella en su presencia.

— ¿Quién? ¿yo? protesto á vm. que no he dicho nada.

— ¿Nada? ¿no ha dicho vm. que era melancólica?

— Nada que yo no pensase, iba á añadir, señor Sandford.

— Teniendo vm. esos pensamientos, sería mas oportuno el no manifestarlos.

— ¡ Con qué estaré precisada á callar frecuentemente!

— Mas valdria no hablar con efecto, que hablar para mortificar á nadie. ¿Sabe vm., señorita, que milord está próximo á casarse con miss Fenton?

— Sí.

— ¿ Y sabe vm. que la ama?

— No.

— ¿Cómo? ¿cree vm. que no la ama?

— Quiero creer que la ama, pero no lo sé.

— Pues en ese caso ¿cómo tiene vm. la indiscrecion de sacar en su presencia defectos á miss Fenton?

— ¡ Defectos! Decir que su humor es melancólico, es, á mi modo de entender, hacer su elogio á los ojos de milord y á los de vm.; porque á vms. acomoda que se tenga ese humor.

— Cualquiera que sea el suyo, todo el mundo la admira; pero lejos de justificar la idea que ha formado vm. de ella, aseguré á vm. que tiene mu-

cha alegría, y una alegría que procede del corazón.

— Si, en efecto, la viese yo salir de esta uniformidad, la admiraría también; pero el mal está en que se queda en ella.

— Vamos, vamos, dijo miss Woodley, ya es hora de retirarnos; mañana volverá vm. á tomar con M. Sandford, la discusion en donde queda.

— ¿Discusion; señorita? replicó Sandford; en toda mi vida he discutido sino con teólogos. Yo queria solamente advertir á su amiga de vm. el que no mirase con tanto desprecio virtudes que le seria muy honroso tener. Miss Fenton es una joven muy

amable, y digna de un marido tal como lo será para ella milord Elmwood.

— Estoy segura, dijo miss Woodley, que miss Milner piensa del mismo modo. Tiene una alta opinion de miss Fenton; no era mas que una chanza lo que decia.

— Pero, señorita, la chanza es una cosa perniciosa cuando va acompañada de una sonrisa maligna. Yo he visto chanzas que han mancillado la reputacion de una muger; chanzas que han inspirado á una persona disgusto hacia otra; chanzas que han desbaratado un matrimonio.

— Pero yo creo que aqui no hay

que temer semejante cosa, dijo miss Woodley (deseando que él pudiese responder que por el contrario habia mucho que temer).

— No, á lo menos no preveo tal, ni Dios lo permita; porque yo los miro como formado el uno para el otro. El mismo caracter, el mismo gusto, las mismas inclinaciones, y, como dice la Escritura, su amor es *puro y blanco como la nieve*.

— E igualmente frio, me atrevo á decirlo, replicó miss Milner.

Pareció Sandford vivamente irritado.

— Mi querida, exclamó miss Woodley, ¿ como puede vm. hablar así? De

veras, yo creo que tiene vm. alguna rancilla, porque milord Elmwood no se ha ofrecido á vm.

— ¡ A ella! dijo Sandford, afectando la mayor sorpresa. ¡ A ella! cree vm. pues que se le hayan dispensado sus votos para que se case con una coqueta, con una...

— Vaya, M. Sandford, exclamó miss Milner interrumpiéndolo, yo creo ciertamente que mi mayor crimen á sus ojos de vm. es el de ser hereje.

— Nada de eso: Esa consideracion es la única que puede justificar á vm.; porque si no tuviese vm. esa excusa, no le quedaria ninguna otra.

— Segura estoy pues al presente de tener una excusa. Doy á vm. las gracias, señor Sandford, es la cosa mas obsequiosa que vm. me ha dicho todavía. Pero veo con pena que tiene vm. sentimiento de habérmela dicho.

— ¡Sentimiento de que sea vm. hereje! replicó él. En verdad lo tendría mucho mayor de que fuese vm. la afrenta de nuestra religion.

Repetidas veces en el discurso de la noche habia necesitado miss Milner echar mano de toda su paciencia; pero esta replica de M. Sandford se la apuró enteramente; y levantándose con la mas violenta agitacion: — ¿Qué

he hecho yo, exclamó, para que se me trate de este modo?

Aunque Sandford no fuese hombre que se intimidase con facilidad, fué sin embargo visible su turbacion, y el movimiento de sorpresa que le hizo estremecerse, tuvo mucha semejanza con el miedo. Viendo miss Woodley á su amiga pronta á sofocarse, la tomó en sus brazos, y le dijo con un tono lleno de ternura y de piedad: — Seréne se vm. mi querida miss Milner.

Sentóse miss Milner; pero, durante algunos minutos estuvo Sandford mas espantado de su triste silencio que lo habia estado de su cólera, y no se

tranquilizó perfectamente hasta el momento en que vió las lágrimas bañar el rostro de miss Milner : entonces suspiró de júbilo al ver que aquella escena terminaba de aquella manera ; pero prometiéndose el no perdonarle jamas el ridículo espanto que le habia causado salió sin proferir una palabra. Como jamas se acostaba sin hacer antes una larga oracion, cuando llegó al lugar en que se implora la clemencia del cielo en favor de los *malvados*, pronunció con la mas ferviente devocion el nombre de miss Milner.

Capitulo Cuarto.

Si bien es cierto que miss Milner habia pasado muchas noches sin dormir, no sucedió lo mismo en esta : no es que no tuviese en su corazon un peso

tranquilizó perfectamente hasta el momento en que vió las lágrimas bañar el rostro de miss Milner : entonces suspiró de júbilo al ver que aquella escena terminaba de aquella manera ; pero prometiéndose el no perdonarle jamas el ridículo espanto que le habia causado salió sin proferir una palabra. Como jamas se acostaba sin hacer antes una larga oracion, cuando llegó al lugar en que se implora la clemencia del cielo en favor de los *malvados*, pronunció con la mas ferviente devocion el nombre de miss Milner.

Capitulo Cuarto.

Si bien es cierto que miss Milner habia pasado muchas noches sin dormir, no sucedió lo mismo en esta : no es que no tuviese en su corazon un peso

mayor aun que de ordinario, sino que sus fuerzas habian sucumbido enteramente á él; abrumada de las fatigas de aquel dia, que habia pasado en gran parte en medio de las emociones de la esperanza y del temor, y que habia acabado para ella, con los tormentos de los zelos y aun de la mas violenta cólera, incurrió en un sueño de prostracion. Olvidó todas sus penas para recordarlas mas dolorosamente cuando despertase. Habia sido tan profundo su sueño, que le hubiera costado no poco trabajo el adivinar la causa de ser ella desgraciada. Lo era la víspera, esto era todo cuanto ella podia recordar; y cuando se represen-

tó á su memoria la causa de su desgracia, hubiera ella querido volverse á dormir; pero el sueño no volvió de nuevo. El de que acababa de salir habia sido profundo, pero no refrigero. Se encontró tan fatigada al despertar, que mandó decir que una indisposicion no le permitia presentarse á desayunar. Al oír este mensage pareció muy inquieto milord Elmwood, M. Sandford no hizo mas que menear la cabeza.

— No disfruta miss Milner de muy buena salud, dijo madama Horton algunos minutos despues.

Estaba leyendo milord á la sazón las noticias del dia, y dejó el diario sobre

la mesa para escuchar á madama Horton.

— Echo de ver en esto cierta cosa que no me parece natural, continuó madama Horton, orgullosa de haber fijado la atencion de milord.

— Soy del mismo modo de pensar que madama Horton, dijo Sandford con una sonrisa maligna.

— Y yo tambien, dijo miss Woodley con tono serio y suspirando profundamente.

A medida que ellos hablaban se iba volviendo hácia ellos milord; y cuando cesaban de hablar, sus ojos parecian preguntarles todavia, no sabiendo que inferir de lo que habian dicho.

— Un momento despues del desayuno se retiró á su cuarto M. Sandford. Madama Horton salió algunos minutos despues, y quedó solo con miss Woodley lord Elmwood que se levantó y le dijo.

— Yo creo, miss Woodley, que miss Milner es muy reprehensible (aunque ayer no se lo quise decir delante de Sandford), por haber dado á lord Federico ocasion de hablarle, á menos que no tenga algun designio de renovar con él.

— Estoy segura, respondió miss Woodley, que se halla muy distante de semejante idea; y le protesto á vm., milord, que fué un puro efecto

de la casualidad el haberlo visto ayer y haberle permitido acompañarla hasta su coche.

— Me causa el mayor placer lo que vm. me dice, replicó con viveza: Yo no soy de un caracter sospechoso; pero respectivamente á sus sentimientos hácia milord Federico, me es imposible no conservar algunas sospechas.

— No debe vm. tener ninguna, milord, dijo miss Woodley con aire de confianza.

— Convenga vm. sin embargo en que su conducta debe haberme dejado algunas dudas. ¿Es posible explicar la que ella ha observado á este propósito?

— Era la conducta de una persona cuyo corazon está dominado de una pasión: no se puede dudar de ello.

— ¿No es eso lo que yo digo? replicó con calor, ¿y no basta eso para justificar mis sospechas?

— No hay mas que un hombre en el mundo sobre quien puedan fijarse, dijo miss Woodley, poniéndose colorada.

— ¿No es pues algun hombre á quien yo conozca? seguramente, yo no lo conozco. Y estaba él tan sorprendido de lo que miss Woodley acababa de insinuar, como muy seguro de que ella se equivocaba.

—Quizá me habré engañado yo, respondió ella.

— ¿Engañado? pero tampoco eso es posible, replicó con una estremada emoción: yo la veo á vm. siempre con ella; y aun cuando no tuviese confianza en vm. (felizmente sé yo lo contrario y me complazco en ello), aun así no podría vm. ignorar sus verdaderos sentimientos.

— Yo creo conocerlos perfectamente, dijo miss Woodley con un tono de tanta seguridad que ya no dudó milord de que habia entre ellas algun secreto.

El vaciló un momento. — Estoy muy distante, le dijo, de querer pene-

trar los sentimientos particulares de los que desean que yo no esté enterado de ellos; lo estoy todavía mas, de tomar, á fin de conocerlos, ningun medio poco decoroso, y yo creo que lo seria el apurar á vm. mas en la materia. No puedo sin embargo dejar de lamentarme de ignorarlos. Querria yo dar á miss Milner pruebas nada equívocas de mi adhesion hácia ella, pero ella se opondrá absolutamente; y cada paso que doy hácia su dicha, lo doy con la mas inquieta desconfianza.

Suspiró miss Woodley sin proferir una sola palabra. Estaba milord esperando su respuesta, y viendo que no daba ninguna, continuó:

— Si alguna vez puede ser perdonable una indiscrecion, me atrevo á decir que nunca lo será mas que en una ocasion como esta. Mi caracter y la naturaleza de mis relaciones con miss Milner son muy á propósito para inspirarle confianza en mí. Sus intereses han venido á ser los míos, y mi dicha está de tal manera identificada con la de mi pupila, que jamas se debería temer hacerle el mas mínimo perjuicio revelándome el secreto de su corazon.

— ¡ Oh ! milord, exclamó miss Woodley, en medio de la mayor turbacion; vm. es el hombre entre todos los del mundo, á quien ella me perdo-

naria menos el habérselo revelado.

— ¿ Y por qué eso ? replicó con viveza. Pero hé aqui lo que sucede ordinariamente : siempre es de un amigo de quien mas desconfiamos ; tememos sus consejos aunque sus consejos puedan salvarnos. Miss Woodley, añadió con una voz enternecida por la fuerza del sentimiento que le hacia hablar, — ¿ no está vm. muy persuadida de que haria cuanto hay que hacer en el mundo por la dicha de miss Milner ?

— ¿ Todo, milord, todo, de verás ?

— Ella puede aspirar á mas que á ser feliz, respondió muy agitado. ¿ Será

de tal naturaleza lo que desea que yo no pueda suscribir á ello?

Nada respondió miss Woodley.

— Por muy estendida que sea mi amistad, tiene sin embargo sus límites, y conteniéndome en ellos, continuó con una voz mas elevada, es como yo la salvaré á despecho de ella misma.

Luego con tono mas sosegado: — Cuando se trata de comprometerse en los sagrados y temibles nudos del matrimonio (en esos nudos que yo jamas he mirado sino con espanto), sé yo que muchas mugeres no acertarian á dar razon del gusto estravagante y con frecuencia depravado, que dirige su

eleccion. Si se halla en este caso miss Milner, la eleccion que haya hecho de un marido no obtendrá mi aprobacion; si ella no sabe estimarse en lo que vale, á mi me toca el apreciarla. No hay un hombre en el mundo á quien, prescindiendo de su fortuna, no pueda cautivar la hermosura de miss Milner; á pesar de su ligereza, tiene una amable franqueza en el caracter, una discrecion natural en los pensamientos, una vivacidad de espíritu, y al mismo tiempo una dulzura en los modales, que bastarian para fijar el corazon del hombre mas delicado y mas prevenido contra el amor. Yo no quiero que tantas calidades y ventajas

se degraden. Es un deber mio el no permitir que se esponga á las desgraciadas consecuencias de una eleccion indigna de ella, y no faltaré á él.

— Milord, la eleccion de miss Milner no es *depravada*; no es sino demasiado *esquisita*, tal vez.

— ¿Qué quiere vm. decir, miss Woodley? vm. habla con un tono misterioso; pero si ella tiene algun temor, ¿no es el de que me oponga á sus inclinaciones?

— Está segura, milord, de que no suscribirá vm. á ellas.

— ¿Es pues indigna de ella la eleccion que ha hecho?

Levantóse miss Woodley, apretando sus manos una contra otra, y dejándolo traslucir alternativamente en sus miradas y ademanes su deseo y su temor de pasar adelante en sus esplicaciones. Estaba ya fuertemente empañada la atencion de milord Elmwood, y se avivó aun mas en vista de la agitacion de miss Woodley.

— Milord, dijo ella con voz trémula, prométame vm., decláreme vm., júreme vm. que no saldrá de su seno el secreto, y voy á hacerle conocer cual es el objeto de todas sus *afec-* ciones.

Esta preparacion hizo temblar á milord Elmwood; al punto se apresuró

á reparar en su memoria todos los hombres que podia conocer miss Milner, á fin de adivinar la verdad aun antes que se la pudiesen manifestar, pero fué en vano, y volvió los ojos hácia miss Woodley para preguntarle de nuevo, pero la encontró muda y no pudiendo disimular la mayor confusion. Volvió pues á reparar en su imaginacion, y entonces no sin resultado, el primer objeto que se presentó fué él mismo.

La rápida espresion de mil diversos sentimientos que se retrataron al punto en todas las facciones de su rostro, instruyó á miss Woodley de que su secreto estaba descubierto. Ocultó

ella la cara en su seno, y sus lágrimas que corrian en abundancia, aseguraron á milord Elmwood, mejor que todos los juramentos posibles, que habia adivinado la verdad. Permanecieron en mutuo silencio algunos momentos, y miss Woodley esperaba con la mas cruel ansiedad lo que iba á decir, al cabo de dos segundos oyó estas palabras.

— Por el amor de Dios, mire vm. lo que hace; vm. va á destruir todos los planes que yo formaba para lo sucesivo; vm. me va á hacer este mundo demasiado querido.

A estas palabras levantó ella la cabeza y encontró los ojos de Doriforth,

que brillaban de júbilo, de amor, de sorpresa y de ardor. Jamas habia ella visto el fuego con que centelleaban en aquel momento. Comenzó á alarmarse, deseaba que él amase á miss Milner, pero que la amase con moderacion. Miss Woodley era demasiado ignorante en esta materia, para ver que eso hubiera sido enteramente no amarla ó por lo menos no amarla lo bastante para romper todos los lazos, para vencer todos los obstáculos que se oponian á su union.

Habia notado milord Elmwood el grande embarcá en que ponía su presencia á miss Woodley, oia todas las reconvençiones que parecia hacerse

ella á si misma, y para restituírle su valor y tranquilidad le dijo, poniendo con fuerza la mano sobre su corazon: — ¿Se fia vm. en mi palabra?

— Si, milord, respondió temblando.

— No haré mal uso de lo que acabo de saber, continuó con una voz firme.

— Lo creo á vm., milord.

— Pero no responderé á vm. acerca de lo que me dictan en este momento mis sentimientos. Son confusos, yo no soy dueño de mi mismo. Sin embargo jamas me han vencido las pasiones; aun en esta ocasion, y hasta el fin,

siempre las combatirá mi razon, y no cederé mientras ella no me abandone.

Iba á salir, y ella lo siguió esclamando:

— Pero, milord, ¿ cómo podré yo volver á ver al desgraciado objeto de mi traicion?

— Véala vm., respondió, como á una amiga á quien vm. no ha querido hacer mal alguno, á quien en efecto no le ha hecho ninguno.

— Pero ella no lo juzgará así.

— No somos buenos jueces en lo que pertenece á nosotros, replicó. Mi alma está trasportada de lo que vm. me ha revelado; y sin embárgo

quizá me hubiera estado mejor el no haberlo sabido jamas.

Iba á responder miss Woodley; pero como si él hubiera estado incapaz de prestarle ninguna atencion, se apresuró á salir del cuarto.



Capítulo Quinto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estuvo miss Woodley considerando [®]
algun tiempo por qué lado debería ir.
La primera persona que encontrase al
paso no dejaría de preguntarle por

que había llorado; y si esta persona era miss Milner, ¿cómo confesarle ni cómo ocultarle la verdad? La primera resolución de miss Woodley fué la de procurar evitarla; por lo cual no encontró espediente mas seguro que subir al coche y andar algunas millas fuera de Londres. Volvió á la hora de comer, y aunque sus ojos estaban aun un poco encarnados, un mal de cabeza, de que se quejó, sirvió de suficiente excusa.

Miss Milner, que estaba un poco mejor, se puso á la mesa pero sin tocar apenas á nada. El lord Elmwood no comió en casa, lo que causó mucho placer á miss Woodley y mucha

pena á M. Sandford. Preguntó muchas veces á los criados qué había dicho al tiempo de salir: — Nada, sino que no se le esperase á comer.

— Yo no puedo imaginar en donde pueda él comer hoy.

— Perdóneme v.m., M. Sandford, ¿es eso muy difícil de adivinar? exclamó madama Horton, que había sido por fin informada de su futuro matrimonio. Sin duda come en casa de miss Fenton...

— No, replicó Sandford, yo salgo de allí en este momento; no está en su casa ni se le ha visto en todo el día. ¡Pobre miss Milner! Al oír estas palabras comió algun bocado; porque

cuando se está prójimo á la desesperacion, todo lo que parece un poco favorable se recibe con júbilo.

A pesar de la turbacion é inquietud toda la mañana, hacia mucho tiempo que no habia sentido su corazon tan aliviado como en aquel momento. Su confianza en las promesas de milord Elmwood, lo mucho que ella contaba con su delicadeza y su caracter, la bondad con que la trataba miss Milner, la certidumbre en que estaba de que no atormentaria sospecha alguna el corazon de su amiga, el testimonio que ella se daba de la pureza de sus intenciones, aunque quizá sus mismas

intenciones la hubiesen podido extravíar, todo la persuadia á que no habia hecho cosa alguna que se le pudiese echar en cara; pero por mas asegurada que estuviese acerca de su indiscrecion, no podia pensar sin temor y embarazo en el momento en que volviese á ver á milord Elmwood.

No sintiéndose en disposicion de salir, miss Milner pasó la noche con las señoras. Estuvo leyendo un rato en una ópera nueva, cantó, se acompañó con la guitarra, estuvo pensativa, suspiró, habló de cuando en cuando con miss Woodley, y pasó tristes momentos hasta cerca de las diez, en que madama Horton propuso á M.

Sandford una partida de cientos; habiéndose escusado Sandford, se ofreció miss Milner en su lugar, su proposición se aceptó con placer. Comenzaba á jugar, cuando entró milord. Animóse al punto la fisonomía de miss Milner, y aunque estaba de trapillo, y mas pálida que de costumbre, no por eso estaba menos hermosa, se hallaba apoyada miss Woodley sobre el respaldo de la silla de su amiga para ver su juego; y M. Sandford sentado al otro lado de la chimenea se ocupaba en leer uno de los padres de la Iglesia.

Lord Elmwood aproximándose á la mesa de juego, saludó á las damas que

no habia visto desde la mañana y á miss Milner en todo el dia; ellas se levantaron, y él iba hácia su pupila como para preguntarle de su salud, cuando M. Sandford, dejando su libro, le dijo:

— Milord, ¿en donde ha estado vm. hoy?

— He tenido muchos negocios, respondió, y dejando la mesa se aproximó á él.

— ¿Supongo que ha estado vm. esta noche en casa de miss Fenton?

— No, ni en todo el dia.

— ¿Y quién ha podido impedirselo á vm., milord?

Miss Milner jugó una carta por otra.

— Iré mañana á su casa , respondió milord Elmwood; y entonces dirigiéndose á miss Milner con el aire mas respetuoso. Me lisongeo , le dijo, de que estará vm. enteramente restablecida.

Madama Horton la suplicó que pudiese atencion en el juego.

— Estoy mucho mejor , señor , respondió ella. Volvió hácia M. Sandford , y , durante todo aquel tiempo , no se tropezó ni una vez con los ojos de miss Woodley , que no procuraba menos evitar los suyos.

Sirviéronse entonces algunos fiam-

bres para cenar. Miss Milner perdió la partida y se acabó el juego.

Al tiempo que se sentaban á la mesa , — miss Milner , dijo madama Horton , ¿querria vm. alguna cosa caliente para cenar? ¿una gallina cocida? porque apenas ha comido vm. en todo el dia.

Milord Elmwood , por un sentimiento que solo parecia de humanidad , pero de una humanidad que jamas habia ejercido tanto poder sobre su corazon , le dijo : — Permitame vm. , miss Milner , el que suplique á vm. que pida alguna cosa para vm.

El aire de vivo interés con que habia pronunciado estas pocas pala-

bras, produjo mas placer á miss Milner que la hubieran producido los mas lisonjeros cumplimientos, manifestó su reconocimiento poniéndose colorada, y asegurando á milord, que se encontraba bastante bien para comer de lo que tenia delante : pero le fué mas facil el decirlo que el hacerlo; porque no bien hubo llevado un trozo á sus labios, que le dejó sobre el plato, y se puso aun mas pálida por haber querido inútilmente violentar su apetito. Habia mirado siempre milord Elmwood con la mayor atencion á su pupila; pero en aquella ocasion, la cuidaba como se cuida á un niño. Cuando vió que hacia vanos esfuer-

zos para comer lo que tenia delante, le quitó su plato, y le dió alguna otra cosa : todo esto con aquellos cuidados, con aquel conato inquieto que un niño bueno y sensible muestra por un pájaro querido, cuya pérdida le arrebataría la diversion de los dias de fiesta.

Estas atenciones parecian en cierto modo tan tiernas, tan officiosas y tan verdaderas, que chocaron á M. Sandford, no se pudieron ocultar á madama Horton, é hicieron derramar lágrimas á miss Woodley, mientras que el corazon de miss Milner estaba enteramente lleno de un reconocimiento que no dejaba lugar sino al amor.

Para disipar la inquietud que manifestaba milord Elmwood, se esforzó por parecer alegre, y vino á estarlo en efecto, tan dulce le era el ser objeto de los cuidados de su tutor. Alentado este por el buen éxito, pareció redoblar aun sus conatos, hasta el punto que Sandford que lo observaba, y que no estaba acostumbrado á ocultar lo que pensaba, le dijo bruscamente.

— Miss Fenton se hallaba ayer indispuesta, milord, y no estaba vm. la mitad tan solícito para con ella.

Si Sandford hubiera puesto á los pies de miss Milner toda la fortuna de la casa Elmwood, ó aun si hubiese hecho de ella una divinidad brillante

con un resplandor inmortal, no le hubiera causado ciertamente tanto placer, como pronunciando aquellas pocas palabras: lo miró con el aire mas gracioso, y se echó interiormente en cara el haberle podido ofender jamas.

— Miss Fenton, respondió lord Elmwood, tiene un hermano en su compañía; su salud y su dicha son el objeto de los cuidados de su hermano; miss Milner debe ser el objeto de los míos.

— M. Sandford, dijo miss Milner, yo temo que vm. tenga porque quejarse de mi de ayer á la noche. ¿Tiene vm. la bondad de perdonarme?

— No, señorita, replicó, sin enmienda no hay perdon.

— Pues bien, dijo ella sonriéndose, ¡si yo le prometiese á vm. no ofenderlo mas!

— ¿A qué hacer una promesa que no ha de cumplir vm.?

— No le haga vm. ninguna, dijo milord Elmwood, porque se esforzaria por hacerle á vm. faltar á ella. Así pasó la noche, y miss Milner se retiró á su cuarto mas feliz y satisfecha de lo que las apariencias se lo habian prometido por la mañana. No tenia miss Woodley menos motivo de estar contenta. Un solo pensamiento turba-
ba su júbilo. Este era el de que habia

en el mundo una muger que se llamaba miss Fenton; hubiera ella deseado haber conocido el estado de su corazon, tan bien como el de miss Milner, y haber podido tomar este conocimiento por regla de su conducta; pero hacia algun tiempo que miss Fenton evitaba su compañía, y por otra parte era demasiado reservada para esplicarse delante de ellas. Creyó pues miss Woodley que lo único que debia hacer era descansar en la pureza de sus intenciones, y abandonar lo demas á la Providencia.

La accion da aquí un paso rápido; el autor atraviesa de repente un intervalo tan grande, que los lectores acostumbrados hasta aquí á

seguir esta historia en todos sus pormenores, se hallarian acaso engañados en su expectativa, si yo no me apresurase á prevenirles lo que deben encontrar ó mas bien lo que no encontrarán al principio del capitulo VI.

Es, por decirlo así, un acto que acaba de llegar á su término. Los personajes han dejado la escena; cuando se presenten de nuevo, habrá cambiado su situacion. Milord Elmwood, alentado por la confianza de miss Woodley, se habrá entregado á todos los movimientos de su corazon; seguro de ser escuchado, habrá hecho á su pupila la declaracion del amor que le ha inspirado hace tanto tiempo, y que, mas de una vez, hemos sorprendido en el fondo de su alma, antes que él mismo lo hubiese descubierto en ella.

Suplico al lector que se detenga aquí un momento; se representará la sorpresa, los trasportes, la embriaguez de miss Milner que ve á su amante á sus pies, cuando ella pensaba

haberlo perdido para siempre; creórá oír á milord Elmwood cuya pasion, en el instante que se descubre debe estallar con tanta mas violencia, cuanto que es la primera que esta alma tierna y fuerte haya sentido, que se ha alimentado tan largo tiempo en el silencio, que quizá la ha combatido largo tiempo, sea por la vergüenza de ceder á una debilidad tan nueva para él, sea por la justicia que él se haria, de despues de haber vivido siempre lejos del mundo, no debia ser un hombre á propósito para enamorar á miss Milner; sea en fin por la incertidumbre en que ha estado siempre de los verdaderos sentimientos de miss Milner para con milord Federico.

Satisfecho el autor con haber conducido, por todo lo que precede, esta declaracion, abandona á nuestra propia sensibilidad los pormenores que no harian mas que retardar su marcha. Lo que le parece mas importante es el contemplar á milord Elmwood y á su pupila

despues de esta recíproca declaracion de sus sentimientos; el seguir en esta nueva situacion el desenlace de dos caracteres tan opuestos, que el amor se esfuerza en aproximar, cuando todo lo demas, por el contrario, propende á alejar el uno del otro. En efecto, ¿ qué amante para miss Milner, este tutor sensato y virtuoso, cuyas acciones y sentimientos ha gobernado siempre hasta aquí la razon! ; Y qué querida para él, esta pupila cuyo espíritu parece reunir tantos caprichos, como gracias ofrece su fisonomia, que es mas peligrosa todavía por las amables calidades de su alma que por el poder de sus encantos, y cuya conducta es tan difícil aprobar, como dejar de amar su bondad, su franqueza y su esquisita sensibilidad!

(Nota del Traductor francés.)

Capitulo Sexto.

A la vuelta de pocos dias, todo habia tomado un nuevo semblante en casa de Milord Elmwood; él habia venido á ser el amante declarado de

despues de esta recíproca declaracion de sus sentimientos; el seguir en esta nueva situacion el desenlace de dos caracteres tan opuestos, que el amor se esfuerza en aproximar, cuando todo lo demas, por el contrario, propende á alejar el uno del otro. En efecto, ¿ qué amante para miss Milner, este tutor sensato y virtuoso, cuyas acciones y sentimientos ha gobernado siempre hasta aquí la razon! ; Y qué querida para él, esta pupila cuyo espíritu parece reunir tantos caprichos, como gracias ofrece su fisonomia, que es mas peligrosa todavía por las amables calidades de su alma que por el poder de sus encantos, y cuya conducta es tan difícil aprobar, como dejar de amar su bondad, su franqueza y su esquisita sensibilidad!

(Nota del Traductor francés.)

Capitulo Sexto.

A la vuelta de pocos dias, todo habia tomado un nuevo semblante en casa de Milord Elmwood; él habia venido á ser el amante declarado de

miss Milner, y miss Milner la mas dichosa de todas las mugeres, de cuya dicha participaba tambien miss Woodley. En quanto á M. Sandford, se lamentaba amargamente de ver que miss Fenton habia sido suplantada; y, lo que era mas cruel aun, suplantada por miss Milner. Aunque eclesiástico, soportó este acontecimiento con tan poca resignacion, como hubiera podido tener un seglar. Apenas podia sufrir el hablar á milord Elmwood; evitaba el mirar á miss Milner, y estaba descontento de todo el mundo.

Su primer designio, al saber la nueva resolucion de milord Elmwo-

od, habia sido el dejar su casa; y como en quanto á su amor hácia su pupila, resistia el conde á todos sus consejos con una invencible obstinacion, se habia propuesto no solamente dejar de vivir con él, sino aun el no darle nuevos consejos. Sin embargo, en el momento de separarse de su amigo, de sus discipulos, de su patron, de aquel que, en muchas circunstancias, le obedecia ciegamente, hizo una reflexion caritativa que lo contuvo: y fué que abandonando á su amigo á sus propias pasiones, lo espondria acaso á encontrar por fin un castigo mayor que su falta. — Milord, le dijo, ya se halla vm. embarcado en

un mar borrascoso; y aunque vm. rehuse evitar los escollos que le indique su fiel piloto, quiero sin embargo embarcarme con vm. aunque haya de ser testigo de su naufragio. Cuanto mas desprecie vm. mis consejos, tanto mas le son necesarios; así, á menos que vm. no me mande dejar su casa (lo que hará bien pronto por complacer á su futura esposa), yo continuaré en permanecer con vm.

Lord Elmwood, que lo amaba sinceramente, se alegró mucho de verle tomar este partido. Sin embargo desde que su razon y su corazon le habian dicho que debia romper con miss Fenton y casarse con su pupila, habia sido

tan inflexible en esta resolucion, que Sandford no lo habia podido hacer bambolear un solo momento; y aun para no darle la mas mínima esperanza de hallarlo algun dia mas docil, no le habia instado á que permaneciese en su casa. Sandford vió con sentimiento su inflexibilidad; pero convenido de la inutilidad de sus amonestaciones, se sometió, aunque, á decir verdad, de mala gana.

Entre todas las personas que podian interesarse en este cambio en los designios de milord Elmwood, miss Fenton fué acaso en quien menos impresion hizo. Así como se hubiera casado sin repugnancia, se dejaria de

casar sin pena; y como Sandford habia sido el encargado para con ella de las primeras proposiciones de casamiento, de parte de milord Elmwood, el mismo fué tambien el que milord envió á miss Fenton para hacerle consentir en volverle su promesa. Recibió ella dos proposiciones tan opuestas con la misma indiferencia de corazon, y la misma sonrisa de una fria aprobacion.

Tenia tan bien conocido milord Elmwood este caracter de miss Fenton, que le hacia mirar el matrimonio como un triste invierno; mientras que la viva sensibilidad de su pupila se lo presentaba en aquel momento,

bajo la imagen de una perpetua primavera, ó, lo que vale mas aun, con la agradable variedad de las tres mas hermosas estaciones del año.

En esta indiferencia y apatía de miss Fenton era tambien en lo que fundaba su esperanza de hacerle aprobar su cambio; porque conservaba todavia bastante santidad de su primer estado, para renunciar á su propia dicha; y aun á la de su muy querida pupila, primero que despedazar el corazon de otra muger con una perfidia; pero antes de ofrecer se la mano á miss Milner ya estaba seguro de que nada de eso tendria que echarse en cara. Ademas, miss Fenton aseguró

que pensaba menos en los goces de la tierra que en los del cielo, miró este acontecimiento como un motivo para retirarse á un claustro; así es que estuvo mas dispuesta á alegrarse que á afligirse de él. Su hermano que, con su retiro, debía heredar todos sus derechos, fué absolutamente del mismo parecer de su hermana.

Perdida, por decirlo así, en este oceano de dicha que la embriagaba, se preguntaba algunas veces á sí misma miss Milner: — ¿No són mas poderosos mis hechizos de lo que yo habia creído hasta aquí? Doriforth, el austero, el piadoso, el anacoreta Doriforth ha reconocido su imperio;

ellos han encendido en su corazón la pasión mas ardiente: no tengo mas que afectar un momento de desden, para ver á este tutor severo, abatirse delante de mi como el mas humilde esclavo del amor. Luego se decia ella misma: — ¿Por qué no lo he tenido mas tiempo en suspensión? Yo bien sé que él no podría amarme mas; pero mi poder sobre él hubiera sido mayor todavía. El amor que me ha mostrado me hace la mas feliz de todas las mugeres; pero dudó que este amor estuviere á prueba de malos tratamientos. Si él no los resiste, yo no soy amada como quisiera serlo. Si lo resiste por el con-

trario, ¡qué triunfo! qué colmo de dicha!

No eran otra cosa estos pensamientos que puras quimeras de su imaginación; jamás se formó ella un plan de conducta; pero á fuerza de ocuparse de él, lo puso en práctica de cuando en cuando; y el peligroso deseo de asegurarse si sería siempre amada, á pesar de sus caprichos (suerte de gloria á que una muger vana aspira con frecuencia), se habia hecho la ambicion de miss Milner. ¡Muger inconsiderada! No se acordaba que antes de comenzar semejante ensayo, tenia que hacer olvidar á milord Elmwood no pocos desaciertos, cuya me-

moria bastaba para poner á prueba todo su amor y toda su paciencia. ¿Pero qué muger resiste á la tentacion de hacer ensayos? ¿y cuán pocas hay á quienes este gusto no conduzca á su perdicion?

Perfectamente segura de ser amada del hombre que ella amaba, su salud y su alegría recobraron muy pronto su anterior brillantez; y como su tutor la dejaba obrar por si misma con la generosa confianza de un amante apasionado, volvió á sus primeras diversiones, á su primer método de vida, con menos reserva que antes.

Al principio el conde Elmwood,

ciego de pasión, él mismo la alentaba á ello, aplaudiéndose de ver que habia recobrado toda la libertad de su espíritu, y mientras que ella no abusó de su paciencia, jamas se quejó; pero si la habia visto siempre dulce, y aun docil cuando exigia de ella que le obedeciese como á su tutor, despues que llegó á ser su amante, encontró en ella con frecuencia aires de altanería, y casi siempre dispuesta á ser insolenta por poco que se le contradijese. Estaba él sorprendido de conducta tan nueva, pero la novedad le agradaba; adoraba á miss Milner, y todas las formas bajo las cuales le

ocurría á ella mostrarse, no servian, en el primer momento mas que para hacerla mas amable.

Entre los motivos de queja que ella le daba, no era el mas leve la falta de economía en el empleo de su renta. De todas partes le llevaban cuentas á milord Elmwood, al mismo tiempo que en el registro de gastos que llevaba ella misma apenas se hallaban otros artículos que adornos de cabeza que frecuentemente no usaba, joyas cuya moda habia pasado antes de pagarse, y obras de caridad dirigidas por un espíritu de capricho. Quejábase él ademas de que se recogia demasiado tarde, y de que con mucha

frecuencia, trataba personas que no eran de su aprobacion.

Compláciase ella en ver á su tutor dividido entre el amor que le profesaba y la obligacion en que se creia de reprenderla; entre el temor de desagradarla y el de abandonarla demasiado á sí misma. El modo ya ligero, ya altanero, con que ella recibia sus consejos, venia á ser para ella un motivo de triunfo. Estaba orgullosa de hacer ver á miss Woodley y sobre todo á M. Sandford, hasta qué punto podia contar sobre la pasión que habia inspirado á milord Elmwood.

Mientras que se hacian los preparativos para la boda que debia celebrar-

se, durante el verano, en el castillo de Elmwood, resolvió ella aprovechar el poco tiempo que debia permanecer en Londres para gozar de todos los placeres, de que probablemente iba á despedirse. Pero por ansiosa que estuviese de ellos, estaba muy lejos de compararlos con los que ella esperaba deber sucederles, con aquellos placeres tranquilos, pero muy superiores, de la vida conyugal; y puramente por abreviar los momentos demasiado largos que la separaban todavía de aquella feliz época, se apresuraba á variarlos y embellecerlos con toda clase de diversiones que su futuro esposo no podia aprobar.

Quizo la desgracia que en aquel mismo tiempo, no pudiese velar milord Elmwood con tanta atencion sobre ella; un pleito relativo á las posesiones que tenia en las Indias occidentales, y muchos otros asuntos concernientes á su titulo y posesiones de Elmwood, le precisaban á pasar con frecuencia una parte del dia fuera de su casa, y aun algunas veces toda la noche; ó bien cuando entraba, era para encerrarse muchas horas con agentes de negocios. Pero si él no podia celar la conducta de su pupila, lo podia hacer Sandford en lugar suyo; y aun cuando miss Milner hubiera sido lo que él amaba mas en el mundo,

no la hubiera seguido de mas cerca; y del mismo modo si hubiese ella sido la mas fragil de todas las mugeres, no hubiera ejercido él mas severidad en la cuenta que daba de ella á su tutor. Mas no ignoraba lord Elmwood que su amigo tenia el defecto de juzgar á miss Milner poco favorablemente. Compadecia á Sandford, y compadecia tambien á su pupila, y en medio de las exageraciones del primero, y de los desaciertos de la otra, el afecto que profesaba á ambos hizo que no se decidiese ni por él ni por ella.

Pero aquí hablaban los hechos por si mismos; él vió los caprichos de su pupila, y los vió como eran en sí,

por mas que Sandford hubiese procurado de antemano el abultarlos á sus ojos.

— Cuando hubo este notado cuan descontento estaba milord con miss Milner: — Pues bien, esclamó con aire de triunfo, ¿no le habia yo dicho á vm. que esta muger no le convenia? Pero vm. no quiere que se le guie, no quiere vm. abrir los ojos.

— No me eche vm. en cara el haberlos tenido cerrados, cuando vm. mismo estaba ciego. Si hubiera vm. estado desnudo de pasion, si hubiera vm. visto las virtudes de miss Milner, lo mismo que sus defectos, yo le hubiera creído á vm., y me hubiera a-

bandonado á sus consejos: pero no viendo mas que sus defectos se ha engañado vm. asi como yo que no he visto mas que sus perfecciones.

— Sin embargo, milord, mis observaciones hubieran podido ser á vm. útiles; porque yo he visto lo que era necesario huir.

— Las mias han sido mas caritativas, porque he visto lo que debia adorar toda mi vida.

Suspiró Sandford, y levantó las manos al cielo.

— M. Sandford, continuó lord Elmwood, con aquel tono que acostumbraba tomar cuando habia formado su resolucion, y que no estaba al al-

cance de nadie el hacerle cambiar :

— Señor Sandford , al presente están mis ojos abiertos tanto para las imperfecciones como para las buenas calidades de miss Milner, y no permitiré ya que su parcialidad de vm. contra ella me haga parcial en su favor; porque yo creo que lo que mas ha contribuido á abrirle desde luego mi corazón ha sido la compasión que me inspiraban para con ella su modo de pensar de vm. y su manera de tratarla.

— ¡ Oh! milord, exclamó Sandford, no me cargue vm. con el peso, con el formidable peso de su amor hácia ella.

— Suplico á vm. que no me interrumpa : cualesquiera que hayan sido sus intenciones de vm., hé aquí á lo menos el efecto que han producido. No, yo no quiero escuchar mas á un enemigo, cuyos discursos no sirven sino para aumentar el poder de sus encantos, ya por sí mismo demasiado fuerte para mí; yo solo quiero en lo sucesivo velar sobre su conducta; y si encuentro en su espíritu y en su corazón, demasiada ligereza para la dicha durable que yo esperaba encontrar con una muger tan tiernamente amada, le doy á vm. mi palabra de que este casamiento no se efectuará jamas.

— Cuento sobre su palabra de vm. No se efectuará pues jamas, replicó con viveza Sandford.

— No es vm. justo, señor, en hablar así antes de hacer la prueba, replicó lord Elmwood; y su injusticia de vm. me advierte que esté sobre mí para guardarme de seguir su ejemplo.

— Pero, milord...

— Está tomado mi partido, M. Sandford; no permaneceré adicto á miss Milner sino mientras que sea acreedora á ello: observaré su conducta, pero procuraré ser en mis observaciones, mas justo con respecto á esto, de lo que vm. lo ha sido.

— Milord, espere vm. para hallarme injusto, á poder verme con los ojos de un juez y no con los de un amante. Despójese vm. de su pasion, y sirvámonos de los mismos términos.

— Yo no tengo aquí necesidad de las luces de nadie, no consultaré sino á mí mismo, seré el único juez en lo que á mí me toca; y dentro de pocos meses, me casó con ella, ó *me destierro para siempre de su presencia.*

Fueron pronunciadas estas últimas palabras con un tono tan firme, que el corazon de Sandford descansó en ellas con placer, viendo que envolvian el presagio de lo que no podia dejar de suceder, y dejó á milord felicitán-

dolo por su cordura, y no cesando de repetir que contaba con su palabra.

Hallóse mas tranquilo por su parte milord Elmwood, despues de haber tomado esta resolución. Hacia algunos días que su imaginacion le presentaba sin cesar todo el horror de las riñas domésticas, una casa sin subordinacion, una familia sin economia, en una palabra, una muger ligera é imprudente.

Si M. Sandford, adornado de mucho juicio y saber, y siendo un profundo casuista, cometia él mismo no pocas faltas, era sencillamente por falta de luces. Veia siempre los defectos de los demas, y si hubiera visto lo mis-

mo los suyos, tenia demasiada rectitud para no corregirse de ellos; pero no los conocia. Habia sido por tanto tiempo el superior de aquellos con quienes vivia, y se habia ocupado tanto de instruirlos, que no habia tenido tiempo de notar que él mismo tenia necesidad de instrucciones. Imponia de tal manera su severidad á sus amigos, que ninguno le habia advertido sus imperfecciones, aunque tenia muchas, escepto, en aquel momento, milord Elmwood; pero milord amaba, ¿y qué confianza merece un hombre ciego por el amor? No tenia pues Sandford medio alguno de conocerse bien. Sus enemigos, á la ver-

dad, le hacian entender que no era perfecto; pero jamas se habia tomado el trabajo de escuchar á sus enemigos; con todo su buen juicio, no tenia el de reglar su conducta por aquel bien conocido axioma: *En lo que se os dice creed mas bien al enemigo que al amigo*. Muchas gentes en el mundo, ganarian en seguir esta máxima, y Sandford, sobre todo, hubiera adelantado mucho con ella. ¡Qué felicidad hubiera sido para él! que un enemigo á quien hubiese estimado, le hubiese dicho al oido, en el momento en que dejó á lord Elmwood: — Hombre cruel, bárbaro, tú partes con un corazón satisfecho y triunfante porque

crees que las esperanzas de miss Milner, esas esperanzas que constituyen su vida y su dicha, que son las únicas que la libran de caer en el mas profundo pesar, tú crees que esas esperanzas saldrán fallidas; te lisongearas de que si estás contento, es porque amas á milord Elmwood, y lo libertas del peligro. Sin duda lo amas, pero escudriña tu corazón y hallarás en él otra causa de tu júbilo. Es la de que salvando á tu amigo, pierdes á su pupila. ¡O vergüenza! ¡ó vergüenza! ¡olvida mas bien sus faltas como tú tienes necesidad, de que en este momento perdone ella las tuyas!

Si se le hubiese hablado en estos

términos á Sandford, era un hombre tan recto, y tan escrupuloso, que en el momento mismo hubiera vuelto junto á milord y lo hubiera fortificado en la opinion favorable que tenia de su futura esposa; pero no teniendo alli ningun enemigo que le advirtiese, y no haciéndole reconyencion alguna su corazon, continuó su camino muy satisfecho de sí mismo; y tropezándose con miss Woodley; le dijo con aire de triunfo:

— ¿En donde está su amiga de vm.?
¿En donde está lady Elmwood?

Miss Woodley respondió sonriéndose:

— Ha ido á una almoneda con algu-

nas señoras amigas suyas; pero ¿por qué le da vm. ya ese título, señor Sandford?

— Porque yo creo que no lo tendrá jamas.

— Perdone vm., señor Sandford, vm. me espanta.

— Bien lo creo, replicó, pero no habló así con el objeto de tranquilizar á vm.

— Por el amor de Dios, ¿qué es lo que ha sucedido?

— Nada de nuevo, pero que se atenga ella á su conducta...

— Yo sé que es ligera, que con frecuencia tiene necesidad de que se le disimule; pero sé tambien que es a-

mada de milord, y el amor cubre muchas faltas.

— Seguramente que la ama, pero tiene juicio y firmeza. También amaba á su hermana y la amaba tiernamente; y sin embargo desde que dijo que no queria volverla á ver, fué sordo á todas las instancias, y no la vió aun en sus últimos momentos; y al presente aunque tiene cuidado de su sobrino, y por mas querido que le sea, recuerde vm. que cuando vm. se lo presentó no quiso conservarlo junto á si.

— ¡Pobre miss Milner! dijo miss Woodley, con el aire mas conmovido.

— Sin embargo, continuó Sandford, no ha dicho todavía positivamente que no la verá mas; solamente lo ha amenazado: pero yo conozco bastante á milord Elmwood, para responder de que con él la ejecucion sigue inmediatamente á la amenaza.

— Vm. es muy bueno, le dijo miss Woodley en prevenirmelo á tiempo. Yo puedo advertir á miss Milner, y este aviso la decidirá á obrar con mas circunspeccion.

— Nada de eso, exclamó con viveza Sandford, ¿á qué fin advertirla? á ella no le resultará ningun provecho; fuera de que, añadió, yo no sé si milord

cuenta con el secreto por mi parte, y en tal caso...

— Pero respetando su dictamen de vm., dijo miss Woodley (en efecto, jamas le hablaba sino en el tono mas respetuoso); ¿no cree vm., M. Sandford, que en la ocasion presente seria perjudicial el guardar secreto? Considere vm. cuantas penas causaria á mi amiga la desgracia de que se ve amenazada, y si, por un aviso dado oportunamente, pudiésemos ahorrarle tan agudos pesares...

— Puede vm. pensar, señora, interrumpió, que no seria bueno dejar de entregarla; pero yo miro como

una falta de discrecion, si se me hubiese confiado un secreto...

Antes que hubiese podido explicarse, entró miss Milner, y su presencia puso fin á su conversacion. Habia pasado toda la mañana en una almohada y habia gastado doscientas libras esterlinas en comprar géneros que no podian serle útiles para nada; pero los habia comprado únicamente porque le habian dicho que no eran caros. Habia entre otros una coleccion de libros de quimica y algunos latinos.

— ¡Cómo! exclamó Sandford (al ver señaladas con lapiz sobre el catálogo, las diferentes obras que habia com-

prado), sabe vm. bien qué clase de compras acaba vm. de hacer? Jamas podrá vm. leer una sola palabra en estos libros.

— ¿Lo cree vm., M. Sandford? á lo menos estoy segura que serán de su gusto de vm. cuando vea con que elegancia están encuadernados.

— Querida mia, dijo madama Horton, ¿á qué fin ha comprado vm. tanta porcelana? Vm. y milord tenian ya demasiada, y no se sabe donde ponerla.

— Eso es cierto, madama Horton, se me habia olvidado; pero vm. sabe que puedo permitirme estos antojillos.

Cuando ella daba esta respuesta acababa de entrar milord Elmwood, que meneó la cabeza y suspiró.

— Milord, dijo ella, he pasado una mañana muy agradable. No me ha faltado mas que vm. porque si vm. hubiera estado conmigo, hubiera comprado otros muchos objetos; pero no he querido parecer desrazonable en su ausencia de vm.

Tenia Sandford los ojos fijos en milord Elmwood, para observar su continente. Milord se sonrió; pero pareció pensativo.

— A propósito, milord, dijo miss Milner, me he acordado de vm., tengo un regalo que hacerle.

— No deseo nada, miss Milner.

— ¿Ni aun que venga de mí, enhorabuena?

— Hagame vm. el regalo de si misma; eso es cuanto yo pido.

Agitóse Sandford sobre su silla, como si hubiera estado con incomodidad.

— Pues bien, miss Woodley, le dijo su amiga, este regalo será para vm. Pero no: esto no le servirá á vm. para nada. No puede convenir sino á un hombre. Quiero guardarlo para dárselo á lord Federico, la primera vez que lo vuelva á encontrar. Esta mañana lo he visto; tenia un aire divino; yo tenia muchos deseos de hablarle.

Dirigió miss Woodley furtivamente

una mirada de inquietud hácia milord, y tembló al ver la cólera pintada en su semblante.

Sandford se estremeció y lo miró aun con mas atencion. En seguida se enderezó en su silla, y tomó tabaco, como para distraerse de la desazon que experimentaba.

Todos guardaron silencio.

Enfin al cabo de algunos momentos: — Todo el mundo me parece aqui triste, dijo miss Milner, siento el haber vuelto tan pronto.

Miss Woodley estaba embarazada viendo cuan descontento estaba milord. Temia nõ pronunciase algunas palabras de que no pudiese desde-

cirse, ó que miss Milner no pudiese perdonar. Para prevenir esta desgracia, le dijo en tono bajo á miss Milner que tenia que comunicarle cierta cosa particular, y la llevó fuera de la sala.

Quando Sandford la perdió de vista, se levantó con mas velocidad que de ordinario, se estregó las manos, se paseó precipitadamente por el cuarto, y, con aire de estar pagado de si mismo, preguntó alegremente á milord Elmwood si pensaba comer en casa.

Pero lo que causaba tanto júbilo á Sandford, afligia profundamente á milord Elmwood; no decia una palabra y parecia abatido. En fin respondió

con una voz alterada: — No, creo que *no* comeré aqui.

— ¿En dónde piensa vm. comer, milord? preguntó madama Horton, yo esperaba que lo hubiese vm. hecho con nosotros; miss Milner come aqui, segun creo.

— No estoy todavia decidido en donde comeré, replicó aparentando no hacer atencion en las últimas palabras de madama Horton.

— Si es en nuestra posada ordinaria, yo acompañaré á vm., le dijo officiosamente su amigo.

— De muy buena gana, Sandford. Y salieron ambos antes que miss Milner hubiese vuelto á entrar en la sala.



Capítulo Séptimo.

Miss Woodley desobedeció por primera vez á M. Sandford; porque en el momento que se vió sola con miss Milner, le repitió lo que le habia oído

á él, acompañando esta confidencia de cuanto le inspiraba su tierna amistad. Pero aun cuando el genio de Sandford hubiera estado en medio de ellas, no hubiera podido disponer el espíritu de miss Milner á recibir aquel aviso de una manera mas directamente contraria á la intencion con que se lo habian dado, en lugar de temblar de la amenaza de milord Elmwood: — ¡Pues bien! que la ejecute, respondió ella; pero no se atreverá.

— ¿Por qué no se atreverá? respondió miss Woodley.

— Porque me ama demasiado para eso, y porque aprecia demasiado su propia dicha.

— Yo creo que la ama á vm., replicó miss Woodley, pero sin embargo se puede dudar que...

— Yo no quiero que quede duda alguna, exclamó miss Milner, yo sabré ponerlo á prueba.

— ¡O vergüenza! querida mia, ¡vm. no piensa lo que dice! ¿Qué entiende vm. por ponerlo á prueba?

— Entiendo que le daré de esos motivos de quejas que un hombre prudente no debe perdonar; y vm. verá que con su rara porcion de prudencia él perdonará, y que sacrificará el resentimiento al amor.

— ¿Pero si sucediese lo contrario,

que sacrificase el amor al resentimiento?

— En tal caso no hubiera perdido mas que un hombre que no me tenia ninguna consideracion.

— Y sin embargo él tiene por vm. mucha consideracion.

— Pero el amor que yo he sentido y que siento todavia por milord Elmwood, me parece que merecia alguna mas correspondencia que *mucha consideracion*.

— Estoy segura de que tambien la ama á vm. milord.

— Pero ¿ es igual al mio su amor? Yo podria amarlo, á él, aun cuando tuviese muchas sin razones que echar-

le en cara. Y sin embargo, añadió despues de un momento de reflexion ;

— Yo creo que por lo mismo que me parecia irreprochable, no he podido dejar de amarlo desde un principio.

Así habló todavia por algun tiempo miss Milner, tan pronto con despecho, tan pronto fingiendo chancearse, hasta que llegó á advertirle un criado que estaba la comida en la mesa. Al entrar en el comedor, notó miss Milner que no estaba ocupado el sitio de milord Elmwood, y retrocedió de sorpresa. El no comer con él era un disgusto para el cual no estaba prevenida; y aquella ausencia de milord inmediatamente despues de lo que aca-

baba de saber de miss Woodley, no podía dejar de aumentar el mal humor que ya tenía. Adelantó su silla y se sentó con una indiferencia que daba á entender bien claramente que no tenía ganas de comer, y, sin desdoblar la servilleta, ni tocar su cubierto, puso, enfurruñándose, los dedos en sus labios, y no respondió una sola palabra á cuanto se dijo durante la comida. Miss Woodley y madama Horton conocían demasiado bien el estado de su corazón para ofenderse de su conducta, ni aun para darse por entendidas de que la notaban; comieron sin proferir una sola palabra que pudiese agriar mas, ó disipar su humor. Al

tiempo que iban á salir de la mesa, llamaron rudamente á la puerta : — ¿Quién es el que nos llega? dijo madama Horton. Uno de los criados corrió á la ventana, y respondió : — Señora, es milord y M. Sandford. — ¡ Vienen á comer, Dios me perdone! exclamó madama Horton.

Miss Milner permaneció siempre muda y en la actitud en que estaba; pero, en los dos lados de su boca que no alcanzaban á cubrir enteramente sus dedos, se notaron ligeros movimientos ocasionados por una sonrisa que le arrancó, á pesar suyo, la vuelta de milord Elmwood.

Entró en compañía de Sandford : —

Me alegró mucho que haya vm. venido, milord, dijo madama Horton, porque miss Milner se pasaba sin comer.

— Es por que no tenia apetito, respondió ella poniéndose muy colorada.

— No teniamos ánimo de venir, dijo Sandford, pero, en el sitio á donde habiamos ido á comer todas las salas estaban llenas.

Milord Elmwood puso una ala de gallina sobre el plato de miss Milner, en verdad sin preguntarle lo que apetecia; tuvo ella sin embargo la complacencia de comerla. Hablaronse el uno al otro en el curso de la comida, pero con la misma reserva que si es-

tuviesen reñidos; y en efecto, se sentian mutuamente picados, aunque nada hubiese pasado entre ellos.

De este modo pasaron quince dias en esta reserva recíproca, sin darse quejas positivas, pero tambien sin dejar ver (á no ser cuando estaban distraidos) el amor violento que uno y otro se profesaban. Una ocasion sin embargo estuvo en poco que no parecieron de nuevo tan bien unidos en sus modales y en sus palabras, como lo estaban en el fondo del corazon; y esto con motivo de una gracia concedida por milord Elmwood, por complacer á su pupila, aunque ella no la habia pedido espresamente; como ha-

bia ya rehusado mas de una vez aquella misma gracia á todas las instancias de sus amigos; adquirió un nuevo precio su complacencia para con miss Milner.

Habian salido esta y miss Woodley para ir á ver al pequeño Rhusbroock. A su regreso les preguntó el lord Elmwood como habian pasado la mañana; miss Milner se lo dijo francamente, aun sin ocultarle cuanto habia sufrido en abandonar aquel niño, que le habia suplicado lo trajese consigo.

— Vuelva vm. á verlo mañana por la mañana, le dijo milord Elmwood, y traigalo vm. aquí.

— ¡Aquí! repitió ella con sorpresa.

— Si, si vm. lo desea, esta casa vendrá á ser la suya: vm. le servirá de madre y por consiguiente vendrá á ser mi hijo.

Sandford que estaba presente, pareció mas descontento que nunca, en vista de aquella prueba extraordinaria de ternura dada por milord á su pupila; pero sin dejar de fruncir las cejas, enjugó algunas lágrimas de gozo y enternecimiento por el niño Rhusbroock. Su disgusto provenia de su prevención, y sus lágrimas, de un sentimiento natural de humanidad.

Fué pues conducido Rhusbroock á casa de su tío; y siempre que milord Elmwood queria hacer algun obse-

quió indirecto á miss Milner, tomaba á su sobrino sobre sus rodillas, hablaba con él y le decia estoy muy contento de que nos hayamos conocido.

En medio de todas estas alternativas de desavenencias y reconciliaciones, de estos esfuerzos varios, pero siempre delicados, entre miss Milner y su tutor, para no cederse el uno al otro, ninguno de los que eran testigos de ellos dudaba que todo vendria á parar en matrimonio; porque el mas pequeño observador hubiera notado fácilmente que un violento amor era el origen de todas las penas así como tambien de todos los placeres que

ellos experimentaban, cuando un grande incidente vino á destruir entre ellos toda esperanza de reconciliacion.

La brillante madama G^{ooo} debía dar un baile de máscaras*. Se enviaron billetes á todas las mugeres de calidad, y miss Milner recibió tres que le fueron tanto mas agradables, cuanto que no habia estado jamas en un baile de máscaras. Como por otra

* Tambien se trata de un baile en el primer tomo de esta obra: que recuerde el lector la conducta que observó entonces miss Milner. Estos dos incidentes aunque absolutamente parecidos ofrecen aquí el contraste mas singular.

(Nota del Traductor.)

parte iba á darse en casa de una mu-
ger de distincion, se lisongé de que
su tutor no tendria ninguna obje-
cion que oponer, pero se engañó; á
la primera palabra que le dijo acerca
de esto á milord Elmwood, le supli-
có este que no pensase en concurrir á
él. Picada de esta prohibicion, y so-
bre todo del aire con que se habia
hecho, no titubeó ella en responder,
que *concurriria á él ciertamente.*

Ella esperaba alguna reconvencion,
pero él no replicó una sola palabra, y
pareció enteramente designado. Este
silencio tranquilo alarmó y afligió á
su pupila, que hubiera preferido las
mas duras reprensiones. Se sentó y

comenzó á discurrir de qué modo po-
dria sacarlo de aquella calma que la
espantaba. Primero pensó en quejar-
se, despues en acariciarlo, y por fin
en chancearse. Ese último partido era
el peor de todos y fué cabalmente el
que le ocurrió tomar.

— Con toda su santidad de *vm.*, mi-
lord, le dijo ella, estoy segura que no
haria *vm.* objeccion alguna contra es-
te baile, si iria á él vestido de reli-
giosa.

No respondió ni una sola pala-
bra.

— Es un traje, continuó, que
cubre una multitud de faltas; quien
sabe si no me ayudaria á hacer su

conquista de vm. ; no saldria yo responsable de que , con este traje tan atractivo, el piadoso M. Sandford mismo no sintiese alguna inclinacioncilla hácia mi.

— ¡Oh! exclamó miss Woodley.

— ¿Porque ese oh? repitió en voz alta miss Milner (aunque su amiga habia hablado en voz baja).

— Yo no hago mas que repetir lo que he leído en muchos autores , á propósito de monjas y de sus confesores.

— Su conducta de vm. , miss Milner, da bastante á conocer qué autores ha leído vm. Escúseme vm. la pena de citarlos.

Quedó su orgullo vivamente herido con esta réplica ; y como ella no podia dominar sus movimientos tan bien como su tutor , se puso colorada de despecho , y le costó trabajo el contener las lágrimas.

— Milord , dijo miss Woodley (con un tono tan dulce y conciliativo que hubiera debido serenar á ambos) , ¡ si vm. mismo acompañase á miss Milner! Hay billetes para tres personas. De este modo todo podia arreglarse fácilmente.

A estas palabras se templó miss Milner; suspiró y esperó con inquietud que él suscribiese á esta proposicion.

— ¡ Yo! ¿ que vaya allí , miss Wo-

odley? respondió con aire de sorpresa : ¿Cree vm. que iria yo á hacer el bufon á una fiesta de máscaras?

Miss Milner pareció de nuevo tan ofendida como antes.

— Yo he visto allí personajes muy graves, milord, dijo miss Woodley.

— Mi querida miss Woodley, exclamó miss Milner, ¿por qué querer empeñar á milord Elmwood á que tome una máscara en el momento en que acaba de dejar la suya?

No pudo contenerse mas milord, y respondió : — Si vm. cree que estoy cambiado, señora, vm. hallará en efecto que lo estoy.

Muy contenta de haber podido ir-

ritarlo, se sonrió miss Milner y se aplaudió ella misma. Iba á continuar bajo el mismo tono, cuando antes que hubiese dicho cuatro palabras, y con grande asombro suyo, salió milord de la sala.

Quedó ella tan ofendida de aquella brusca salida, que se apresuró á declarar que, desde aquel momento, lo desterraba para siempre de su corazón; y, para demostrar lo poco que le interesaba su amor ni su cólera, pidió su coche, y dijo que iba á casa de algunas amigas suyas que tenían tambien billetes, á fin de determinar con ellas bajo qué disfraz se presentaria en aquel baile; porque, á me-

nos que la encerrasen en su cuarto, nada podria impedirle el ir á él. Hubiera sido enteramente inutil toda representacion en aquel instante; miss Woodley lo sabia y la dejó marchar por lo mismo sin hacerle ninguna.

Lejos de estar de vuelta para comer, miss Milner no volvió hasta por la noche muy tarde. Lord Elmwood al contrario no salió, pero no pronunció una sola vez el nombre de su pupila.

Estaba ya acostado cuando volvió miss Milner, tan animada contra él como lo estaba por la mañana, y por la primera vez de su vida, pareció indiferente á lo que él podia juzgar de

su conducta. Pensando únicamente en lo que la habia ocupado la mayor parte del dia, cuando estuvo sola con miss Woodley, no le habló sino de su traje de baile, le dijo que le habian presentado un gran número de ellos tan elegantes como ricos; y sin embargo, añadió: -- He elegido uno muy sencillo y muy liso, pero me hermosea de tal modo que cuando me lo ponga, apenas me podrá vm. reconocer.

— ¿Pero está vm. enteramente decidida á ir á ese baile, si su tutor de vm. no le habla á vm. más de él?

— Aunque me volviese á hablar,

miss Woodley, estoy enteramente resuelta.

— Pero sabe vm., querida amiga, que le ha suplicado á vm. que no concurra á él, y siempre ha acostumbrado vm. á obedecerle.

— Sí, sin duda, como á mi tutor; tambien le obedeceria como á mi marido, pero no como á mi amante.

— Sin embargo este es el medio de no tenerlo jamas por marido.

— Que haga lo que le acomode: si él no quiere someterse á mostrarse mi amante, yo no me someteré á ser su muger: no me profesa el afecto que yo deseo en un marido.

Y se puso á repetir todavia por mucho rato todas aquellas antiguas máximas que habia dicho cien veces á miss Woodley.

Acostóse por fin para pensar menos en su tutor que en el baile de máscaras. Como debía verificarse aquella noche, se levantó temprano, desayunó y pasó gran parte del dia de trápillo, tan ocupada estaba de los preparativos de la noche. Su primer cuidado fué el del adorno de cabeza; y el segundo, el arreglar su traje de manera que pudiese desenvolver toda la riqueza de su talle, y lo consiguió hasta el punto que miss Woodley, que entró en el momento en que se

lo estaba probando , quedó aun menos sorprendida de la elegancia de su vestido , que del admirable efecto que producía en ella ; pero lo que no le chocó menos fué la elección del traje. Representaba una Diana , aunque á decir verdad , los botines y la saya levantada con gracia , pero seguramente mucho mas arriba del tovillo , no daban , á primera vista , idea de una muger tan modesta como la diosa. Al paso que la admiraba , no dejó de hacer miss Woodley esta observacion ; pero como habia admirado primero , no hizo fuerza alguna la observacion.

— ¿En donde está el lord Elmwo-

od? dijo miss Milner ; no es necesario que me vea.

— No , exclamó miss Woodley , por el mundo entero no querria que la viese á vm. en este momento.

— ¡Pues bien! replicó la otra suspirando , ¿por qué pues estoy yo tan contenta con este traje? De nadie me seria mas agradable el ser admirada que de milord; sin embargo no me verá bajo este atavio.

— El no la admiraria á vm. puesta así , le respondió miss Woodley.

— ¿Pero qué medio hallaria yo para que no me viese? dijo miss Milner , ¿si se ofreciese á darme la mano hasta mi coche? pero no : yo creo

que no está de bastante buen humor para eso.

Miss Woodley le aconsejó el que se vistiese en casa de una de las señoras que debían acompañarla al baile, y miss Milner aprobó este espediente.

Durante la comida supo miss Milner que milord Elmwood debía ir aquella misma noche á Windsor, á fin de estar mas dispuesto para cazar al dia siguiente por la mañana, con el rey. Esta noticia dispò sus temores, y volvió á la idea de vestirse en su cuarto.

Milord Elmwood, que estaba en la mesa con ella, le pareció no alegre

pero muy tranquilo. No habló una sola palabra del baile, y ni aun siquiera pensó en ello; porque, aunque con este motivo hubiese estado descontento de su pupila, y hubiese creído que no hubiera debido responderle que *concurriría á él ciertamente*, sin embargo estaba muy lejos de pensar que ella tuviese realmente semejante voluntad, aun en el momento en que daba esta respuesta, y sobre todo que persistiese á sangre fria, despues de un dia de reflexion, en un proyecto que él habia desaprobado formalmente. Ella por su parte se imaginó que no iba á Windsor sino por dejarla mas libre para que pasase

la noche donde bien le pareciese , sin verse precisado á dar á entender que sabia nada, y de consiguiente, sin quejarse. Miss Woodley, que nada deseaba tanto como ver las cosas como ella queria que sucediesen, fué por fin del mismo parecer, y consintió con gusto en vestirse de ninfa de los bosques para acompañar á su amiga.

Capitulo Octavo.

A las doce y media de la noche salieron miss Milner y miss Woodley, en sus respectivas sillas de manos, de casa de milord Elmwood para ir á

la noche donde bien le pareciese , sin verse precisado á dar á entender que sabia nada, y de consiguiente, sin quejarse. Miss Woodley, que nada deseaba tanto como ver las cosas como ella queria que sucediesen, fué por fin del mismo parecer, y consintió con gusto en vestirse de ninfa de los bosques para acompañar á su amiga.

Capitulo Octavo.

A las doce y media de la noche salieron miss Milner y miss Woodley, en sus respectivas sillas de manos, de casa de milord Elmwood para ir á

fuerza de repetir , ó mas bien gritar estas urgentes exhortaciones , estorbó todo lo que milord Elmwood y los demas hubieran podido desear decir á oír.

Vióse pues precisado milord á salir del cuarto, y tal fué la conclusion de esta escena.

Capitulo Nono.

Pasarónse dos días en la mas cruel inquietud de parte de miss Milner ; porque ni las palabras ni el continente de milord Elmwood indicaban el

mas ligero cambio en los sentimientos que habia manifestado la noche del baile. Sin embargo no se habia explicado de una manera positiva, y mas bien habia dado á entender que declarado sus intenciones; porque, aunque habia dicho *que queria libertarla de todo temor de reconvençiones, por su parte, para lo sucesivo; y que debia consentir en verlo separarse de ella dentro de pocos dias; sin embargo esta sentencia no se habia pronunciado solemnemente, y en atencion al sentido dudoso de las espresiones de que se habia él servido, fluctuaba miss Milner entre la esperanza y el temor.*

Miss Woodley, que penetraba el interior de su amiga, á pesar de todos los esfuerzos de miss Milner por devorar sus penas, le hizo vivas instancias á que aceptase su mediacion y le permitiese pedir una conversacion particular á milord: prometiendole, que si lo hallaba inflexible, se conduciria con un justo orgullo; pero que si por el contrario, parecia dispuesto á una reconciliacion, lo dispondria de tal modo, que se restableceria entre ellos la buena inteligencia, sin que ella ni su tutor tuviesen de que quejarse. Pero miss Milner le prohibió en los términos mas positivos el que se mezclase en eso, y sin

dejar de confesar cuan lacerado se hallaba su corazón, declaró con un tono muy decidido que después de lo que había pasado entre ella y milord Elmwood, á él tocaba hacer las primeras proposiciones, sin lo que no consentiría jamás en reconciliarse con él.

— Yo creo conocer el carácter de milord Elmwood, dijo miss Woodley, y dudo que se le pueda reducir fácilmente á pedir perdón de una falta que él piensa ha cometido vm.

— ¡Pues bien! ¿según eso no me ama?

— ¡Bueno! ¡bueno! miss Milner, ¡ese es el argumento de siempre! Quizá

la amaría menos si se sometiese á todos sus deseos de vm. Considere vm. que porque sea su amante, no deja de ser su tutor, que está en ánimo de ser su marido, y que es demasiado hombre de bien para concederle, antes del matrimonio, una superioridad á que no querría someterse después.

— Pero la ternura y aun la sola urbanidad constituyen á un amante en el deber de someterse á su querida; y puesto que no he podido conducirlo á él de buen grado, yo le precisaré á pesar suyo; me probaré á ello por lo menos, y conoceré de una vez mi destino.

— ¿Qué pretende vm. pues hacer?

— Invitar á lord Federico á que venga aqui, y pedir á mi tutor que me una á su rival; vm. verá entonces en que viene á parar toda su arrogancia.

— Pero entonces, aun quando él quisiese humillarse ya no seria tiempo. Si vm. ejecuta ese proyecto está vm. perdida. Se va vm. á precipitar en los brazos de un hombre que vm. no ama, lo que producirá la fatal consecuencia de la desgracia de toda su vida; ó bien, ¿quiere vm. precisarse á M. Doriforth (milord Elmwood queria decir), á batirse segunda vez con lord Federico?

— Si, si, llámelo vm. Doriforth, respondió ella en medio de un torrente de lágrimas, yo le doy á vm. las gracias de haberlo llamado con ese nombre. Solo bajo ese nombre me es aun querido.

— Sin embargo, miss Milner, ¿con qué enagenamiento recibió vm. la declaracion de su amor! y entonces era milord Elmwood.

— Pero bajo ese nombre, no he hallado en él mas que un tirano, bajo el primero era el amigo mas tierno.

Aunque miss Milner se desahogaba asi de sus pesares con frecuencia en el seno de su amiga, en presencia de milord Elmwood guardaba constante-

mente un continente tan orgulloso que él mismo estaba sorprendido de ello, aunque fuese acaso el que siempre habia creído menos en su amor para con él; pero como ella temia, por el contrario, el haberle dejado ver demasiado toda la vehemencia de sus sentimientos, quiso adoptar un método diferente. Procuró recobrar aquel caracter de altanería, que le habia producido tan buen efecto para con sus amantes, é hizo la prueba sobre el único hombre que, por su propia confesion la habia vuelto sensible; pero, al paso que afectaba este caracter, tan perfectamente que miss Woodley se engañó mas de una vez, acogia,

con una atencion inquieta, todas las circunstancias que podian reanimar sus esperanzas ó confirmar su desesperacion. Desgraciadamente la conducta de milord Elmwood no era á propósito sino para desesperarla. Se mostraba para con ella frio, urbano é indiferente; pero lo que era entonces no podia hacer olvidar á miss Milner lo que habia sido él antes. Se acordaba con placer de todo el ardor de su primera declaracion, y de todas las muestras que despues le habia dado de su amor. Lo que la alentaba tambien para no renunciar á toda esperanza era el que conócía perfectamente la constancia de milord en to-

dos sus sentimientos, y creia por lo mismo que los que le habia ella inspirado no podian ser ya enteramente desterrados de su corazon; notaba ademas en Sandford mas empeño que nunca en deprimirla á los ojos de milord, y una atencion singular en impedir á este el que estuviese largo tiempo con ella, infiriendo de aquí que puesto que su amigo mostraba tantos temores de verlo volver á tomar sus primeras cadenas, debia ella, á su turno, esperar que las tomaria.

Pero la reserva y aun la indiferencia que afectaba hacia algunos dias y que la hubieran por fin conducido á

su objeto, vinieron á ser un papel tan fatigoso para ella, que no pudo perseverar en él sin llamar en su ayuda á la disipacion. No cesaba de salir, de hacer visitas sin decir á donde ni á quien, volviendo á casa mas tarde que de costumbre.

Milord Elmwood diferia aun el tomar su última resolucion, bien decidido á cumplirla, una vez de llegar á tomarla.

En cuanto á miss Woodley, estaba vivamente alarmada, y no dejaba de tener motivo para ello; veia que su amiga se preparaba tantos disgustos que por fin vendrian á abrumarla. Con frecuencia se proponia el darle

nuevas amonestaciones, y luego renunciaba á este designio, bien persuadida á que no la escucharia. Quería tambien hablar á milord Elmwood, y sin noticia de su pupila interceder en su favor; pero milord que habia penetrado su intencion, huia de ella con cuidado, y de un modo muy señalado. Restaba M. Sandford con quien poder hablar de miss Milner, si no le hubiese sido mas duro aun el oír exagerar los desaciertos de su amiga, que el no hablar absolutamente de ella. Encontróse pues reducida al papel de muda espectadora, y precisada á esperar, temblando, el momento en que la que despreciaba hoy

sus consejos, vendria á buscar en ella, pero demasiado tarde, un alivio á sus penas.

Sin embargo, algunas palabras de M. Sandford habian dado á miss Milner un rayo de esperanza; un día que le hablaba sobre este particular (no para consolarla, sino para exhalar su resentimiento contra milord Elmwood), exclamó: — Y sin embargo, aunque tiene tantos motivos de quejarse, aun no ha podido tomar la resolución de no pensar mas en ella. Vacila, lo difiere: — Jamas en ocasion alguna, he hallado en él una alma tan debil.

Estas palabras produjeron el mayor

placer á miss Woodley, que no podia sin embargo dejar de ver que, cuanto mas tardia fuese aquella resolucion, seria mas irrevocable; temia, á cada instante, ver llegar aquel en que milord Elmwood desterraria para siempre á miss Milner de su corazon.

Entre las pruebas á que esta sometia el caracter de su tutor, una de las mas imperdonables era el placer que manifestaba con frecuencia en hablar en su presencia de algunos de aquellos que se sabia haberle hecho la corte, y hablar de ellos con el fervor mas señalado. Esto era atormentar cruelmente el corazon de milord Elmwood, pero no por eso dejaba el de

mostrar la misma igualdad en su caracter; no se manifestaba picado, y no parecia tampoco indiferente hasta la impertinencia. Presentóse sin embargo una ocasion en que toda la calma de su espíritu estuvo á punto de abandonarlo.

Al entrar una tarde en el salon, se estremeció y retrocedió dos pasos, á vista de milord Federico Lawnly sentado junto á miss Milner y hablando con ella en un tono muy animado.

Es cierto que estaban presentes madama Horton y miss Woodley, que milord Federico hablaba bastante alto para ser oido, y que el objeto de la conversacion era bastante indiferente;

pero hablaba con aquel grado de calor y de interés que anima siempre á un amante, cuando conversa con la que él ama, cualquiera sea el objeto de la conversacion.

En el momento en que milord Elmwood se estremeció, es decir, en el momento en que entró en la sala, se levantó milord Federico.

— Perdone vm., milord, dijo milord Elmwood; aseguro á vm. que al pronto no lo habia conocido.

— Yo soy, milord, quien debe pedir á vm. perdon, respondió Federico, por haber entrado en su casa sin su permiso. Un accidente ha sido la causa de ello. Miss Milner estaba en el

coche de una señora amiga suya; ha estado espuesta á volcar por la torpeza del cochero, y se ha dignado permitirme el que la trajese en el mio.

— Espero que no se habrá hecho vm. daño, dijo milord Elmwood á miss Milner; pero su voz estaba tan alterada por la turbacion de su corazon, que apenas pudo articular aquellas pocas palabras. Y esta turbacion no provenia del temor de que su pupila se hubiese hecho daño; el aire de alegría esparcido en su semblante hubiera bastado para desvanecer su cuidado; y á decir verdad, no creia una palabra de la historia que le habian contado. La presencia inesperada.

da de milord, era la que lo habia puesto fuera de sí; y, en aquel primer momento, le fué imposible disimular su sorpresa y la violencia del golpe que acababa de recibir.

Milord Federico, que no sabia nada de su futuro casamiento (porque era un secreto aun para todos los criados de la casa), no atribuyó un desorden tan visible sino al resentimiento que, desde el combate, podia el tutor conservar contra él. Aunque milord Elmwood habia protestado al tío de Federico (que lo habia ido á ver con motivo de miss Milner), que no conservaba ningun recuerdo de lo que habia pasado entre su sobrino y

él, y que consentiria en su casamiento con miss Milner, si la misma se conformaba, jamas habia creído milord Federico en la sinceridad de esta declaracion, y hubiera tenido siempre la delicadeza de no entrar en casa de milord Elmwood, si no le hubiese animado á ello la invitacion de miss Milner, y sobre todo su amor hácia ella. No vió, pues (como he dicho ya), en la emocion de milord Elmwood, mas que una prueba de su resentimiento, mientras que miss Milner y miss Woodley lo atribuian á muy diferente causa.

Milord Federico no tuvo deseos de volverse á sentar, saludó profunda-

mente á la compañía, y salió; pero miss Milner lo acompañó hasta la puerta, y le renovó sus espresiones de gratitud por los socorros que le habia prestado.

Estaba milord Elmwood en una violenta agitacion, y lo que la aumentaba aun era el no poder ocultarla. Temblaba con todo el cuerpo. Quiso hablar, y solo pudo tartamudear, se puso colorado de confusion, él lo conoció, y entonces se aumentó aun su sonrosado; y cada vez mas confuso, llegó por fin á un estado digno de lástima.

Miss Milner, á pesar de toda la jovialidad que afectaba, y á pesar de

todo su atrevimiento natural, no tuvo sin embargo el descaro de dar á entender que notaba su turbacion; no se atrevia á gozar de ella sino á hurtadillas. Muy á propósito para milord, madama Horton y miss Milner entablaron algunos lugares comunes, y él se fué reponiendo poco á poco y lentamente, porque la impresion que habia recibido era demasiado profunda para borrarse con facilidad. Muy á propósito aun, entró M. Sandford; como no sabia nada de lo que habia pasado, su presencia produjo una diversion util. Comenzó á dar conversacion á milord, y luego pasaron á su gabinete de estudio para continuarla

allí. Miss Milner, tomando á su amiga consigo, se retiró tambien á su cuarto; y allí, entregándose á todos sus trasportes:

— ¡Ya es mio, exclamó, él me ama, es mio para siempre!

Miss Woodley la felicitó por la dicha que disfrutaba en no dudarlo; en cuanto á ella confesó que aun le quedabansus temores.

¿Y qué temores? no ve vm. que me ama?

— Yo veo, respondió miss Woodley lo que siempre he creído; pero al mismo tiempo pienso que, si la ama á vm., tiene bastante juicio para saber que debe aborrecerla.

— ¿Y qué juicio es capaz de cometer con el amor? respondió miss Milner. Si mi amante pudiese oponer su razon á la pasion que yo le inspiró.....

Iba ella á repetir aun todos sus antiguos argumentos, si miss Woodley no la hubiera interrumpido para pedirle esplicacion de su conducta con milord Federico, de quien, despues de todo, le dijo, se burlaba cruelmente, si no se servia de él mas que como de un instrumento propio para aguijonar el amor de milord Elmwood. N

— Nada de eso, mi querida miss Woodley, replicó ella, aseguro á vm. que hoy he acabado con milord Fede-

rico. Es cierto que sin él, no hubiera yo tenido la prueba que deseaba de los sentimientos de milord Elmwood; pero lord Federico no ha recibido de mí en pago de su trabajo ningun ánimo, ningun rayo de esperanza. No, no sospeche vm. que haya yo sido capaz de dársela, cuando mi corazón es todo de otro; y protesto á vm. que la causa que ha traído aquí á lord Federico es exactamente la que él ha manifestado delante de vm. Y tambien confesaré á vm. que, si no hubiera tenido el designio de despertar los zelos de milord Elmwood, hubiera preferido el andar á pié por las calles á admitir las ofertas de su rival. Pero me

ha hecho tantas instancias á que las aceptase; y lady Evans (porque en su coche es donde yo iba), las ha apoyado tan fuertemente, que no ha podido inferir de mi consentimiento ninguna consecuencia favorable.

Iba á replicar miss Woodley, pero miss Milner se apresuró á añadir:

— Si su intencion de vm. es decirme que he procedido mal, por lo menos no puedo arrepentirme de lo que he hecho, cuando sin eso no hubiera podido jamas convencerme tan bien de todo el amor que me profesa milord Elmwood. ¡Ha visto vm.! ¡Oh! ¡yo temo que vm. no haya notado bien como temblaba! ¡como se debi-

litaba aquella voz tan varonil! lo mismo que hace la mia algunas veces. Su corazon tan arrogante estaba humillado, como lo está tambien el mio de cuando en cuando. ¡Oh! miss Woodley, mi indiferencia para con él era afectada, y veo, á mi turno, que la suya para conmigo no era mas positiva. Era poco el amarnos, ahora estoy segura de que nos amamos con un amor igual.

—Pues bien, suponiendo que sus esperanzas de vm. sean fundadas, no por eso dejo de pensar que es muy necesario que milord Elmwood sepa desde ahora, sin que quede duda, que ha sido en efecto un accidente (por-

que confieso á vm. que yo misma no lo he creido), el que ha traído aqui á milord Federico.

—No, no, eso sería destruir la obra que he comenzado bajo tan buenos auspicios; nada de esplicaciones, dejemos obrar á milord segun los movimientos de su corazon; y al presente que conozca toda la fuerza de su amor, en lugar de ir á buscarlo, esperaré con confianza que él venga á humillarse delante de mí.



Capitulo Decimo.

Tres dias enteros estuvo esperando con la mas viva impaciencia , pero en vano ; ni la mas ligera muestra de sumision ; al contrario, milord Elmwood

algunas horas despues de esta visita de lord Federico, de que habia parecido tan profundamente afectado, se habia vuelto el mismo que antes; si no es que, desde entonces, se le veia menos caviloso, mas alegre aun de cuando en cuando, y con una alegría que parecia ser muy verdadera. Atormentábase miss Milner y comenzaba á alarmarse; pero hubiera tenido vergüenza de confesar aquellas alarmas humillantes, aun á miss Woodley: sostuvo delante la gente el tono que habia tomado; pero cuando se hallaba sola, caia en una tristeza mas profunda que nunca. Cesó de aplaudirse de haber llevado á su casa á milord

Federico; tembló de que no imaginase él algun pretesto para volver aun; y el peso de todas estas inquietudes de que, por orgullo, no queria hacer participante á su amiga, la abrumaba mas y mas.

Estando una ocasion despues de medio dia en su gabinete de tocador con miss Woodley, y guardando ambas silencio, por no descubrirse mutuamente, la una los pesares que la devoraba, y la otra las inquietudes que no cesaban de agitarla, llamó con tiento á la puerta uno de los criados de milord Elmwood y entregó una carta á miss Milner. En vista del criado que la llevaba y de la letra del sobre, no

pudo dudar que era de milord Elmwood; la puso sobre el tocador, como si temiese el abrirla.

— ¿Qué le han entregado á vm. ? dijo miss Woodley.

— Una carta de lord Elmwood, respondió miss Milner.

— ¡ Buen Dios ! exclamó miss Woodley.

— Bueno, replicó la otra, me escribe para pedirme perdon, no lo dudo : (y su repugnancia en abrir la carta probaba por el contrario cuanto dudaba).

— ¿ No la lee vm. ahora ? replicó miss Woodley.

— No, replicó su amiga, toda temblando.

— ¿ Quiere vm. comer antes ? repuso miss Woodley.

— No, porque si no sé lo que me me dice, no sabré tampoco como conducirme con él durante la comida.

Hubo un momento de silencio; miss Milner tomó la carta, examinó con atencion el sobre y el sello, miró entre los pliegues : parecia querer, con un ojo furtivo, traslucir alguna cosa, sin tener valor para llegar llanamente y de golpe al conocimiento de lo que contenia.

Pudo mas por fin la curiosidad que

cimiento, me escuse nuevas pruebas; cese vm. de insultarme solamente por espacio de ocho dias, con una manifiesta preferencia por otro; pasado este corto espacio de tiempo, me habré despedido de vm. para siempre.

« Voy á recorrer la Italia y algunas otras partes del continente; de allí, me propongo pasar á las Indias occidentales en donde tengo posesiones. No volveré á Inglaterra hasta pasados algunos años, y entonces mas dispuesto, así lo espero, á contraer un empeño que me prescribe el interés de mi nombre, empeño que, alguna vez, me pareció muy dulce, pero de que,

en este momento, quisiera poder dispensarme para siempre.

« Si debo permanecer aquí todavía ocho dias, es con el objeto de arreglar muchos negocios, el mas importante de los cuales es el trasmitir á un amigo cuya rectitud y sensibilidad conozco, todos los actos que me han dado sobre vm. el poder de un tutor. Este amigo al otro dia de mi partida, y sin ninguna palabra de queja ó de reconvenccion de mi parte, pondrá estos titulos en sus manos de vm. y en el momento en que me desprendo de las funciones que me se habian confiado, si su mismo padre de vm.

pudiese conocer mis motivos aprobaria mi conducta.

« Al presente, mi querida miss Milner, no permita vm. que un resentimiento afectado, que muestras de desden ó de ligereza turben la calma de que yo quisiera gozar durante estos ocho dias. Condeciéndome lo que le pido, déjeme vm. creer que me hace alguna justicia; que piensa vm. que, desde el momento en que fué confiada á mis cuidados, he cumplido fielmente alguna parte de mis deberes. Si en otros, no he llegado hasta lo que vm. debia esperar de mí, no atribuya mis faltas sino á la debilidad de los medios, y no á deseuido algu-

no voluntario; pero estas faltas cualquiera sea el principio de que hayan dimanado, yo las reconozco, y pido á vm. perdon de ellas.

« Si el tiempo, los viajes y una gran variedad de objetos pueden ahogar en mi corazon los mas tiernos sentimientos, estoy seguro á lo menos de no perder *jamas* este vivo interés que he tomado siempre en su dicha; y en el momento de separarme de vm., la conjuro con una solicitud que no puedo describir, por el amor de vm. y mio, y en nombre de su padre, á que no intente *jamas* paso alguno importante sin reflexionarlo seriamente.

« Soy, señorita, su mas sincero amigo.

« ELMWOOD. »

Despues de haber leído esta carta, la dejó caer de sus manos, sin proferrir una sola palabra, pero pálida, y con la muerte en los ojos. Parecia haber perdido el movimiento y la vida; miss Woodley, testigo hacia mucho tiempo de todas sus diferentes angustias, no la habia visto jamas en semejante estado.

— No necesito leer esa carta, le dijo, basta mirar á vm. para saber lo que contiene.

— ¡ Con qué milord, con solo mirarme, podrá conocer cuanto sufro!

¡ El cielo me preserve de semejante cosa! esto seria aumentar mis penas.

Aunque casi no podia menearse, se levantó, se arrimó á un espejo, y procuró tomar un exterior menos capaz de venderla á los ojos de milord. ¡ Trabajo inutil! ¡ Ay! la serenidad del semblante depende únicamente de la del alma.

— Esfuércese vm. mas bien, dijo miss Woodley, á sentir realmente lo que vm. quiere que sus facciones expresen.

— Asi lo haré, respondió ella; yo sabré no sentir mas que un justo orgullo, y el desprecio tan debido al modo con que me trata.

Y era tal su deseo de hacerle ver lo que ella anunciaba, que procuró penetrarse de ello y tranquilizar su espíritu.

— Si, se decía á si misma, no me quedan mas que algunos dias que estar con él, pasados los cuales nos separamos para siempre. ¡Pues bien! por tan poco tiempo es de mi deber el obedecerle, ó mas bien hacer lo que me manda; y aun me será muy agradable el dejarle una impresion tal que, quizá, pueda disminuir la desventajosa opinion que tiene de mí. Si, en cualquiera otra ocasion ha sido reprehensible mi conducta, en esta á lo menos, quiero merecer sus elogios.

Sabré soportar á sus ojos el destino que yo misma me he formado; le probaré que una muger que tan desgraciadamente le ha mostrado toda su debilidad, conserva aun algun valor, el valor de despedirse de él, sin manifestar ninguna angustia afectada ó real, aunque deba ser mi muerte, un momento despues, la fatal consecuencia.

Tales fueron sus resoluciones, y así las puso por obra. El mas severo juez no hubiera podido hacer reconvenccion alguna á su firmeza, desde el momento en que recibió la carta de milord Elmwood. Es cierto que de cuando en cuando, sentia accesos de

debilidad, pero sabia combatirlos al punto, y vencerlos casi siempre.

La primera vez que le vió despues de esta fatal carta (fué en el mismo dia por la tarde), tenia un pequeño concierto de aficionados, y estaba cantando acompañándose ella misma, cuando entró milord. Los conoedores notaron al punto que salia de tono; pero milord no era conoedor y no lo advirtió.

Por la noche tuvieron muchas ocasiones de hablarse; pero solo recayó la conversacion sobre asuntos indiferentes, advirtiéndose en ella mas urbanidad que soltura. Para dar una idea del modo de conducirse de milord El-

mwood, ostentaba como en la carta, respeto, benevolencia, serenidad y decision. Hubo algunas personas á cenar, lo que les ahorró el embarazo de hallarse casi solos frente á frente uno de otro.

Al dia siguiente desayunaron separados, y en la comida hubo mucha gente. La hora de la tertulia y al tiempo de cenar estuvo fuera milord.

De este modo pasaban los últimos momentos tan tranquilamente como él los habian deseado, y miss Milner no se habia aun desmentido un solo instante. El tercer dia, fué numerosa la compañía que hubo á comer.

— Milord, dijo uno de los convida-

dos, ¿se ha fijado decididamente su partida de vm. para el martes por la mañana?

Se estaba el viernes.

— Si, respondió Sandford, al mismo tiempo que milord Elmwood; y Sandford (pero no su amigo), miró á miss Milner. En cuanto á esta, la mano que llevaba á la boca hizo un ligero movimiento, pero ninguna otra emoción indicó el estado de su alma.

— ¡Ah! mi querido Elmwood, temo mucho que vm. nos va á traer aquí una esposa estrangera, y yo no se lo perdonaria á vm.

— Sin duda, dijo un tercer con-

viado, yo creo firmemente que ese es el objeto de su viaje.

Apresurándose Sandford á prevenir su respuesta, exclamó: — ¿Y qué razon podrá impedirle que tome una esposa estrangera? ¿No se casan así los reyes? ¿y hay muchos hombres mas felices en su vida doméstica, que ciertos reyes que conocemos?

Milord Elmwood miró al lado opuesto al sitio en que estaba miss Milner.

— Y vms., señoras, dijo un convidado aldeano, ¿qué piensan de eso? Green vms. que milord deba dejar la Inglaterra para ir á buscar una esposa? Y fijó la vista en miss Milner como para pedirle su parecer.

Miss Woodley para ahorrar á su amiga el embarazo de responder sobre un objeto tan delicado, se apresuró á satisfacer por sí misma á la pregunta.

— Señor, dijo ella, en cualquier sitio que se case milord Elmwood, no dudo que será feliz.

— Y vm., señora, que dice á eso? replicó el aldeano, fijándose de nuevo en miss Milner.

— Que en cualquiera sitio que milord Elmwood se case, merece ser feliz, respondió esta, con mucho imperio sobre su voz y su actitud; porque hablando la primera, miss Woodley le habia dado tiempo de reponerse.

Al pronunciar ella estas palabras se

encendió el rostro de lord Ehnwood, y miss Woodley creyó aun ver algunas lágrimas en sus ojos.

En cuanto á miss Milner dirijió los suyos por otro lado.

Un instante despues halló medio milord de cambiar el objeto de la conversacion: pero de cuando en cuando volvieron á salir á la palestra los preparativos de su marcha. El número de caballos, de criados y de coches que llevaria, de todo se habló con la mas exacta precision; y se vió precisada miss Milner á oír todos aquellos pormenores de un viaje cuya idea sola le hacia estremecer.

Despues de comer se retiraron las

damas, y, desde aquel momento, aunque la conducta de miss Milner fuese la misma, su aire y el sonido de su voz parecieron enteramente alterados; por cuanto hay en el mundo no hubiera podido dar la menor señal de alegría, ni hablar con alguna vivacidad. Con frecuencia comenzaba en un tono, y tres palabras despues, habia tomado ya otro; su semblante no era el mismo, sus ojos habian perdido su brillo, sus labios la facultad de moverse, su cabeza no se sostenia ya, y le era indiferente todo cuidado de si misma. No ignorando cuan demudada estaba, y conociendo mucho mejor aun las penas secretas que habian obrado este

cambio, hubiera querido ocultarse á los ojos del único hombre para quien ella hubiera deseado ser hermosa. Encerrábase en su cuarto, sola ó con miss Woodley; y hubiera desde entonces cesado de presentarse, si esta conducta hubiera sido compatible con los deberes de la urbanidad, que le imponian como ley los deseos de su tutor.

Estaba miss Woodley tan conmovida de las penas de su amiga, que, si no hubiera sido convencido de que la inflexibilidad de milord resistiria á todos sus esfuerzos, se hubiera arrojado á sus pies y le hubiera suplicado con todo encarecimiento, el que diese

entrada de nuevo en su corazón á sus primeros sentimientos, como el único medio de salvar de una muerte cierta á su querida pupila; pero el conocimiento que tenia del carácter de milord, la palabra que él habia dado á Sandford de ser inflexible en la resolución que llegase una vez á tomar, y los planes de viaje que tenia formados, todo le probaba que el único resultado de su humilde paso, seria esponer el amor y la delicadeza de miss Milner á los mas vergonzosos desdenes.

Si la partida de milord Elmwood no era todos los dias, el asunto de la conversacion (asunto que él procuraba evitar), todos los dias por lo me-

nes, se presentaba á los ojos ó á los oídos de miss Milner algun nuevo preparativo; y la vista del espectro mas espantoso le hubiera producido menos horror, que cuando al pasar por casualidad por alguna sala, vió baulles y cofres clavados y liados en disposición de enviarlos á Venecia. A este espectáculo huyó, sin hacer cuenta de los que estaban con ella, y corrió á ocultar sus lágrimas en el sitio mas retirado de la casa. Allí apoyó su cabeza entre sus manos, inundándolas de lágrimas y procurando borrar de su memoria la horrible imagen que la perseguia. En aquel momento oyó pasos junto á ella en un sitio en que se

creia lejos de todo el mundo; levantó los ojos y vió á milord Elmwood. El primer sentimiento de miss Milner fué el orgullo, orgullo que le inspiraba la vergüenza del estado en que se presentaba delante de él.

Ella lo miró como para decirle: — ¿Que me quiere vm. ahora milord?

Y él se inclinó como para responderle:

— Perdone vm. el haber turbado su soledad; y se retiró inmediatamente.

Ambos se entendieron perfectamente aunque ninguno de ellos hubiese hablado una sola palabra.

La justa interpretacion que dió ella al silencio de milord, la reanimó por

un momento; agradeció mil veces al cielo de haberle proporcionado aquella ocasion para convencerla de su profunda indiferencia y del desprecio que hacia él de sus lágrimas.

El día siguiente era vispera del de su partida, del en que debía despedirse de Dorriforth, de su tutor, de milord Elmwood, de todas sus esperanzas á la vez.

El lunes por la mañana, en el momento en que se despertó, la idea de que aquel día era acaso el último que lo veria, hizo callar en su alma todo el resentimiento que la conducta de milord habia escitado la vispera; olvidando sus desdenes y lo que el día

anterior habia llamado mas de una vez sus crueldades, solo se acordó de todas las pruebas que habia recibido de su amistad, de su afecto, de su amor; estaba impaciente de verlo, y se propuso, no descuidar ocasion alguna de estar con él á lo menos en aquel último dia. Con este designio, no desayunó en su cuarto, como lo acostumbraba hacia quince dias, sino que se fué al comedor en donde todo el mundo estaba reunido. Palpitó ella de júbilo, cuando al abrir la puerta oyó la voz de su tutor; pero el sonido mismo de aquella voz la hizo temblar hasta el punto de no poder apenas adelantarse hasta la mesa.

Miss Woodley la miró en el momento en que ella entraba; y jamas habia experimentado tanta pena en verla, porque jamas la habia visto tan demudada.

Al aproximarse, hizo miss Milner una inclinacion de cabeza á madama Horton, y en seguida á su tutor, segun lo tenia de costumbre cuando á la mañana los veia por la primera vez. Milord la saludó y fijó en ella la vista; luego volvió los ojos hácia la chimenea, pasó la mano por la frente, y se puso á hablar con M. Sandford.

Este, durante el desayuno, dirigió por casualidad los ojos hácia miss Milner; quedó asombrado de la altera-

cion de sus facciones, y miró á milord por ver si la observaba tambien. Estaba milord mirando á otra parte, aunque ocupaba de tal manera las ideas de miss Milner, que esta no notó que Sandford tenia fijos los ojos en ella.

Un momento despues, indicó madama Horton que estaba muy hermosa la mañana.

— Yo creo, dijo milord, haber oido llover esta noche.

— Por lo que á mi toca, dijo Sandford, dormia demasiado bien para haber oido nada; y entonces de su propio movimiento, ofreció bizcochos á miss Milner. Era la primera vez que en toda su vida le habia ofrecido co-

sa alguna, por lo que pareció tan extraño á miss Milner que no pudo dejar de sonreirse y tomó al punto un vizcocho por reconocimiento á su atencion. Aunque el tono de Sandford fuese tan severo como de costumbre parecia sin embargo un poco menos seco. Miss Milner no comió lo que habia tomado por política; un momento despues lo puso sobre el plato.

Concluido el desayuno, salió milord y no volvió á comer.

Al tiempo de comer, dijo madama Horton que esperaba que milord los acompañaria á cenar. — No lo dude vm. ; respondió Sandford, porque a-

penas podrá verlo ninguna de vms. mañana por la mañana; saldremos poco despues de las seis.

Sandford no debia hacer el viaje con milord Elmwood; contaba solamente con acompañarlo hasta Douvres.

Estas palabras que acababa de decir, *no podrán vms. ver á milord mañana por la mañana*, y la idea de que una vez pasada la noche, no lo veria mas, fué para miss Milner un golpe mortal. Estaba prójima á desmayarse, si por fortuna en aquel momento no le hubieran llevado un vaso de agua á Sandford. Tomólo ella de mano del criado y lo bebió casi entero. Al vol-

ver el vaso, comenzó á dar algunas escusas á Sandford, pero este interrumpiéndole le dijo con un tono muy politico:

— No se ocupe vm. de eso, estoy muy contento de que vm. lo haya tomado.

Lo miró ella por observar si su politica era efecto de ironia; pero antes de haberse asegurado de ello, olvidó á Sandford, y la idea de milord Elmwood vino luego á apoderarse de toda su atencion.

Parecióle el tiempo muy largo hasta el momento de su vuelta, pero cuando consideraba cuan corto seria desde aquel momento el resto de la noche,

hubiera deseado que no llegase en mucho rato; volvió á las diez, y á luego se pusieron á la mesa solos los de casa sin ningún forastero.

Habia considerado miss Milner que si le era muy penoso el papel que habia representado hasta entonces, á lo menos no tenia que sostenerlo mas que algunas horas, y se prescribió á si misma el no desmentirse cuando se aproximaba al término. La certeza de que todo acabaria muy pronto de un modo ó de otro la animó á redoblar los esfuerzos, lo que era seguramente necesario, porque su debilidad iba tambien en aumento. Tomó pues á pechos el escuchar lo que se le de-

cia, responder á ello, sonreirse aun, cuando se sonreian, y pareció su tranquilidad tan natural como la de los demas convidados.

Era mas de media noche, cuando miró su relox milord Elmwood: se levantó al punto, se aproximó á madama Horton y tomándole la mano: — Hasta la vista, señora, le dijo; deseo con toda sinceridad que sea vm. feliz.

Miss Milner fijó la vista sobre la mesa que tenia delante.

— Milord, replicó madama Horton, yo deseo tambien á vm. salud y felicidad.

Fué en seguida á miss Woodley, y

tomándole la mano, le repitió pocas ó menos las mismas palabras que habia dicho á madama Horton.

Miss Milner comenzaba á temblar tan fuerte, que era visible su emocion.

— Milord, respondió miss Woodley muy afectada, espero que serán oídas mis plegarias por su felicidad de vm.

Esta y madama Horton estaban de pie, así como tambien milord, pero miss Milner permaneció sentada hasta que vió á su tutor volverse hácia su lado y venir á ella; entonces se levantó. Atenta la compañía á lo que él iba á decir, y al modo en que ella le responderia, fijó los ojos en uno y otro,

y esperaba con impaciencia. Salió fallida la esperanza, no pronunció una sola palabra; únicamente tomó su mano y la tuvo apretada entre las suyas, y luego saludándola en el tono mas respetuoso se alejó de ella.

Ni estas palabras: *¡Qué sea vm. feliz! Desco su dicha de vm. ¡Plegue al cielo colmar á vm. de sus bendiciones!* ni aun la de *Adios* se escapó de sus labios. Quizá aun cuando hubiera querido, no hubiera podido articular la menor palabra.

Habia conservado miss Milner toda la noche su valor, y no la abandonó hasta el momento en que milord se separó de ella. Entonces se llenaron

sus ojos de lágrimas, y, en las angustias de su corazón, no sabiendo ya lo que hacia, echó su mano fría y trémula hácia la persona que estaba á su lado. Se halló con Sandford, y sin reparar que era él, tomó su mano con violencia; no la retiró este sin embargo, parecia haber perdido su dureza ordinaria. Miss Milner permaneció en aquel estado muda é inmovil hasta que milord Elmwood, después de haber saludado á todo el mundo, hubo salido de la sala.

Sandford tenia aun la mano de miss Milner en la suya; y cuando se hubo cerrado la puerta tras de milord Elmwood, volvió la cabeza hácia miss Mil-

ner para mirarla de frente; pero la volvió al punto, con señales de temor por el estado en que la veia. Esforzóse aun esta por vencer su debilidad, y dando un profundo suspiro se sentó, como resignada en su suerte.

Después de algunos minutos de un silencio general, se volvió aun Sandford hácia miss Milner, que estaba siempre á su lado pálida y exánime: — ¿Quiere vm., le dijo, desayunar con nosotros mañana por la mañana?

No hubo respuesta.

— Nosotros no desayunaremos antes de las seis y media, puedo asegurarlo; y si vm. pudiese levantarse

tan temprano... ¿No podrá vm. hacerlo?

— Miss Milner, dijo miss Woodley (que conoció que la esperanza de volver á ver á milord Elmwood podria á lo menos hacer pasar á su amiga una noche menos desgraciada), miss Milner, suplico á vm. que se levante mañana para la hora del desayuno; cuando M. Sandford la convida á vm. á ello, sin duda está seguro de que eso no puede desagradar á milord Elmwood.

— Ni á mí tampoco, respondió Sandford con su acostumbrada política.

— ¡Pues bien! prevenga vm. á su

doncella que la despierte á las seis, dijo madama Horton á miss Woodley.

— Se la despertará, yo respondo de ello, dijo la sobrina.

— No, replicó miss Milner, puesto que milord Elmwood ha juzgado á propósito el despedirse de mí sin decirme una sola palabra, á mi turno, yo no quiero volverlo á ver; y sus lágrimas comenzaron á correr con tanta violencia que su corazon parecia dispuesto á seguir las.

— ¿Por qué no le ha hablado vm.?
 replicó Sandford. ¿Vm. misma le ha dicho por ventura Adios? Yo no encuentro porque haya mas reconven-

ciones que hacer de una parte que de otra.

— Yo no he tenido fuerza para decirle que deseaba que fuese dichoso, exclamó miss Milner, pero el cielo me es testigo de cuanto lo deseo en el fondo de mi corazón.

— ¿Y cree vm. que él no tenga los mismos deseos para con vm.? respondió Sandford. Juzgue vm. de su corazón por el de vm. misma, y lo que vm. siente por él, crea vm., mi querida, que él lo tiene por vm.

Aunque *mi querida* sea una expresión muy común, es muy agradable sin embargo el oír estas dos palabras en boca de ciertas gentes y en cier-

tas ocasiones. M. Sandford las usaba muy rara vez, con cualquiera que fuese, con miss Milner jamas.... Y por su parte en aquel momento esta expresión tenía muy grande precio.

Miss Milner le dirigió una mirada llena de reconocimiento; pero como no hizo mas que mirarlo sin decir una sola palabra, se levantó, y con una benevolencia que jamas había tenido para con ella, le dijo: — Yo deseo á vm. de todo mi corazón una buena noche.

En el momento en que él estuvo fuera de la sala, exclamó miss Milner: — Aunque los malos oficios de M.

Sandford hayan podido acelerar mi desgraciado destino, sin embargo el interés que acaba de manifestarme le asegura para siempre mi reconocimiento.

— ¡Ah! exclamó á su turno madama Horton, M. Sandford cree en este momento manifestar á vm. su amistad sin consecuencia alguna. Al presente que milord Elmwood va á alejarse para siempre, no ve peligro en permitir que vm. lo vea aun una vez.

Y ella creyó por medio de esta observacion hacer el elogio de M. Sandford.

Capítulo Undécimo.

Al retirarse á su cuarto miss Milner la siguió miss Woodley, que no quiso dejarla en toda la noche; pero esta se empeñó en vano en hacerla acostarse.

Sandford hayan podido acelerar mi desgraciado destino, sin embargo el interés que acaba de manifestarme le asegura para siempre mi reconocimiento.

— ¡Ah! exclamó á su turno madama Horton, M. Sandford cree en este momento manifestar á vm. su amistad sin consecuencia alguna. Al presente que milord Elmwood va á alejarse para siempre, no ve peligro en permitir que vm. lo vea aun una vez.

Y ella creyó por medio de esta observacion hacer el elogio de M. Sandford.

Capítulo Undécimo.

Al retirarse á su cuarto miss Milner la siguió miss Woodley, que no quiso dejarla en toda la noche; pero esta se empeñó en vano en hacerla acostarse.

Negóse miss Milner á todas sus instancias, y le declaró que, desde aquel momento, no esperaba disfrutar ningún reposo. — La tarea que yo me habia impuesto ha cesado. Ya no hay necesidad de fingir, y el resto de mi vida quiero dejar un curso libre á mi desesperacion.

En el momento en que comenzaba á ananecer. — Y sin embargo podria verlo aun una vez, dijo ella; podria verlo dentro de dos horas, no depende sino de mi; porque M. Sandford me ha convidado.

— Si vm. cree, mi querida miss Milner, dijo miss Woodley, que no podrá ver á milord Elmwood despe-

dirse de nuevo de vm., sin quebrantarse aun su corazon, por Dios no lo vea vm. mas; pero si cree vm. que una despedida mutua y mas directa, que la de ayer, pueda dulcificar su dolor, será necesario bajar y desayunar con él. Yo me adelantaré; prepararé á milord á ver á vm. sin que le cause ninguna sorpresa, y aun le haré entender que ha querido vm. corresponder al convite de M. Sandford.

Escuchábala miss Milner con una ligera sonrisa; pero objetó cuan poco convendria manifestar deseos de volverlo á ver despues que se habia despedido de ella. Miss Woodley que notó que en medio de sus insinuaciones

sobre lo poco conveniente de aquel paso, no deseaba otra cosa que darlo, le demostró que el hombre mas pagado de sí (y seguramente milord Elmwood no era de este caracter), no podia atribuir su deseo de decirle el último adios á la mas mínima esperanza de volver á ganar su corazón, y echar por tierra la resolución que habia tomado.

No pudo miss Milner dejar de convenir en ello, pero no tuvo aun valor para decidir lo que debia hacer.

No eran ya los crepúsculos de la mañana sino la misma aurora la que alumbraba su cuarto. Miss Milner se arrimó al espejo, sopló en sus manos,

las pasó por los ojos, compuso su peinado, y cuando hubo acabado, dijo á miss Woodley : — Yo no me atrevo á volverlo á ver.

— Haga vm. lo que le acomode, respondió su amiga ; por lo que á mi toca, pienso verlo. Despues de tantos años que vivo bajo el mismo techo que él, y siempre honrada con su amistad, en el momento de partir acaso para diez años, tal vez para siempre, creeria faltar á lo que le debo, si no aprovechase los últimos momentos que me restan de estar con él.

— Vm. va pues á estar con él, dijo con viveza miss Milner : si desea verme, iré de muy buena gana, ya lo

sabe vm. ; pero si no habla de mí , nó quiero presentarme ; por Dios , nó me engañe vm.

Prometióselo miss Woodley ; un momento despues oyendo los movimientos de los criados que iban y venian en la casa , y habiendo dado las seis , fué miss Woodley á la sala del desayuno.

Halló en ella á milord Elmwood en trage de viage , de pie , junto á la chimenea , y sumergido en sus reflexiones ; como no esperaba verla , se estremeció quando entró , y con aire inquieto le dijo : — ¿ Qué hay , mi querida miss Woodley ?

— Nada , milord , respondió ella ,

pero seria yo muy culpable á mis ojos si no viese á vm. en este momento , nó dependiendo sino de mi.

— Doy á vm. las gracias , dijo milord , con un suspiro el mas profundo y mas espresivo que se hubo permitido aun el hacer oír. Creyó ella ver tambien que sus ojos le pidian noticias de miss Milner : aunque él no se hubiese atrevido á hacer esta pregunta , estaba casi tentada de responder á ella , y consideraba dentro de si misma si debia ó no nombrar á miss Milner , cuando se presentó M. Sandford.

— Milord , dijo este , ¿ en donde se ha acostado vm. esta noche ?

— ¿ Por qué me lo pregunta vm. ?

— Porque acabo de salir de su cuarto de vm., replicó este, y su cama no está descompuesta; seguramente que vm. no se ha acostado allí esta noche.

— No me he acostado en ninguna parte, replicó, no me sentía con ganas de dormir, y como tenía que registrar algunos papeles y había de levantarme temprano, he tenido por mas acertado el no acostarme.

Encantada de la franqueza de esta confesion, no pudo resistir miss Woodley los deseos de decir: — Ha hecho vm., milord, lo mismo que miss Milner, porque tampoco ella se ha echado en la cama en toda la noche.

Estas palabras fueron dichas como al descuido, pero milord las repitió con la espresion de una viva inquietud. — ¡Miss Milner no se ha echado en cama en toda la noche!

— Si está levantada, ¿por qué no viene á tomar una taza de café? dijo Sandford que comenzaba á vaciarlo.

— Si creyese que su presencia podia ser agradable, replicó miss Woodley, estoy segura que vendria á tomarlo; y miró á milord Elmwood, aunque no le habia dirigido precisamente la palabra. Milord no respondió respuesta alguna.

— ¿Agradable? replicó Sandford con tono de enfado. ¿Hay aqui alguna

que esté enfadado con ella? ¿No está en paz con todo el mundo? ¿No desea el bien de todos nosotros?

— Seguramente que desea el bien de todo el mundo, respondió miss Woodley.

— ¡Pues bien! traigala vm. aquí, dijo Sandford; ¿será bastante injusta para creer que no somos todos amigos suyos?

Salió al punto miss Woodley, y halló á miss Milner que estaba ya desesperada y temblando á cada momento de oír la partida del coche antes de la vuelta de su amiga.

— ¿Me envia á buscar? preguntó al punto que vió á miss Woodley.

— Es M. Sandford, pero milord estaba presente; aseguro vm. que puede venir sin el mas mínimo cuidado; á no ser así no le instaria á vm. á ello.

Sin mas protestas se apresuró miss Milner á seguir á su amiga, cuyo tierno afecto no le habia parecido nunca tan amable, ni tan oficioso como en aquel momento.

Al entrar en la sala se colorearon sus mejillas pálidas antes; lord Elmwood se levantó y le adelantó una silla.

Sandford la miró con curiosidad, probó el café (y dijo que jamás habia podido hacerlo á su gusto.

Tomó miss Milner una taza, que apenas pudo sostener.

No hacia mas que comenzar el desayuno, cuando se oyó el ruido del carruaje que debia conducir á milord Elmwood. Miss Milner se estremeció, milord se estremeció tambien; pero viendo que se iba á escapar la taza de las manos de miss Milner, se la quitó Sandford diciendo: — Acaso preferirá vm. tomar té.

Si es que se menearon sus labios para responder á lo menos Sandford no pudo oír lo que habia dicho.

En aquel momento entró un criado diciendo á milord Elmwood que el carruaje estaba en la puerta.

— Muy bien, respondió; pero aunque habia ya desayunado, no hizo por de pronto movimiento alguno; en fin levantándose con precipitacion, como si le fuese necesario partir á toda priesa una vez decidido á hacerlo, tomó su sombrero que habia bajado consigo, y se volvió hácia miss Woodley para despedirse de ella segunda vez, cuando Sandford exclamó: — ¡Milord vm. está muy de priesa! y como si hubiese querido dar á miss Milner los mas momentos que le fuese posible, añadió, mirando á su alrededor: — Yo no sé que he hecho de mis guantes.

Milord Elmwood, despues de ha-

berse despedido de miss Woodley en los mismos términos que la víspera, se aproximó á miss Milner, y, tomando una de sus manos, la tenia de nuevo apretada entre las suyas, pero sin decir una sola palabra, cuando esta, no pudiendo ya contener sus lágrimas, las dejó correr á torrentes.

— ¿Qué quiere decir todo esto? exclamó Sandford con cólera yendo hácia ellos.

Ninguno de los dos respondió, ni mudó de situacion.

— Desde este momento, continuó Sandford, separados para siempre ó unidos hasta la muerte.

El tono imponente y solemne con

que habia pronunciado estas palabras los hizo volverse hácia él, sobrecogidos de asombro y como petrificados de lo que acababan de oír.

Dejólos por un momento Sandford, corrió á una mesita que habia en un rincon de la sala, tomó en ella un libro, y volviendo á ellos, con aquel mismo libro en la mano.

— Lord Elmwood, ¿ama vm. á esta muger?

— Mas que á mi vida, respondió milord, con el acento mas apasionado.

Volviéndose Sandford en seguida hácia miss Milner: — ¿Puede vm. decir otro tanto acerca de él? Puso

ella sus manos sobre los ojos y exclamó : — ¡Oh cielo!

— ¿Yo creo que vm. dice que sí? continuó Sandford. ¡Pues bien! en nombre de Dios y de su dicha de vms., pues que está dicha esta fuertemente interesada en ello, déjenme vms. quitarles la facultad de separarse jamas.

Milord lo miró con aire de sorpresa, pero como muy satisfecho de la nueva perspectiva que se ofrecia á sus ojos.

Miss Milner suspiraba, trémula y como arrobada en extasis, mientras que Sandford, con toda la dignidad de las funciones que desempeñaba

en aquel momento, habló en estos términos :

— Milord, mientras que he creído que mis consejos podian salvar á vm. de la mas pesada de todas las cadenas, de la cadena conyugal, no he cesado de prodigárselos á vm. y hacerle ver el peligro, tal como yo mismo lo veia; pero aunque viejo y sacerdote, puedo someterme á creer que he incurrido en error, y ahora pienso firmemente que importa á la dicha de ambos el que se unan para siempre. Milord, reciba vm. como esposo los votos de esta muger; que sean para vm. las prendas de su conducta futura; vm. no puede exigirselos mas santos ni

mas solemnes, y yo veo en su continente, que ella está resuelta á cumplir sus empeños. Y vm., querida mia (dirigiéndose á la misma), sometase vm., segun se lo imponen sus compromisos á un marido tan lleno de mérito y de virtudes, y será vm. todo lo que yo, todo lo que él, todo lo que el cielo mismo, pueden desear que vm. sea. Ahora, milord Elmwood, desde este momento renuncie vm. á ella para siempre, ó encadénela con tales nudos que jamas pueda ella olvidar su santidad.

Milord Elmwood sedió un golpe en la frente; eran extremas su incertidumbre y ajitación; pero teniendo

siempre la mano de miss Milner exclamó: — Yo no puedo separarme de ella. Conociendo al punto que esta respuesta era equívoca, se echó á sus pies y le dijo: — ¿Quiere vm. perdonarme el haber podido titubear? ¿quiere vm. mostrarme en el estado de matrimonio aquel tierno amor que no me ha mostrado aun hasta aqui? ¿quiere vm., poseyendo todos mis afectos, sufrirme con todas mis faltas?

Ella se levantó, y no pudo responderle sino con sus miradas, y sus lágrimas de que le bañaba las manos. Al punto se volvió él hácia Sandford, y colocando á miss Milner á su

lado, segun las formas usadas para el matrimonio, hizo entender con aquello á Sandford, que podia comenzar : este abrió el libro y los casó.

Cumplió las funciones de su ministerio de una manera tan edificante, que conmovió á cuantos estaban presentes á la ceremonia; mientras que miss Milner, cubierta de confusion, ocultaba su rostro en el seno de miss Woodley.

Para suplir el anillo nupcial, sacó milord Elmwood una sortija de su dedo; todo lo demas del tiempo sus pensamientos estuvieron elevados hácia el cielo. Pero concluida la ceremonia, los recogió hácia el objeto de su a-

mor. Abrazó á milady Elmwood con todos los trasportes del mas tierno, del mas feliz esposo, y veinte veces en el enagenamiento de su alma la llamó su muger.

— Pero, dijo Sandford, vms. no están casados, milord, sino segun las leyes de su religion, y no segun la religion de su esposa y de su pais; permite vñ. que le aconseje no difiera esta segunda celebracion, no sea que en el intervalo mude de parecer y rehuse el confirmar los nudos que vñ. acaba de formar.

— Conozco en efecto que hay peligro, replicó milord Elmwood; y para

prevenirlo, se verificará mañana la ceremonia.

Las damas exclamaron, y Sandford les concedió cuatro dias.

Miss Milner se acordó, porque todo el mundo lo habia olvidado, de que el carruaje estaba siempre en la puerta. Fué despedido en el momento, y el placer que disfrutó miss Milner al verlo, desde la ventana, marchar desocupado no fué para ella uno de los menores de la mañana.

Jamas se habia pasado de la desesperacion á la dicha, á una dicha perfecta y suprema, tan rápidamente como acababan de hacerlo miss Milner y milord Elmwood.

Hicieron con el mayor placer todos los preparativos necesarios para el dia feliz de la celebracion legal; pero este dia, con todos sus placeres, no equivalia á el en que Sandford los habia casado, porque la dicha jamas es tan grande como cuando es inesperada.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.



JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA



N

DE NUEV

BIBLIOTEC